



Cuentos de jóvenes sobre personas refugiadas

¿Y si yo fuera una
persona refugiada...?



UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los refugiados



Cuentos de jóvenes sobre personas refugiadas

¿Y si yo fuera una persona
refugiada...?



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF),
Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)
y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)

EDITOR RESPONSABLE: Alberto Nava Cortez. CUIDADO DE LA EDICIÓN: Bárbara Lara Ramírez.
CORRECCIÓN DE ESTILO: Karina Rosalía Flores Hernández y Haidé Méndez Barbosa.
DISEÑO Y FORMACIÓN: Ana Lilia González Chávez.
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIÓN: Edgar Sáenz Lara.

Primera edición, 2010

D. R. © 2010, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Universidad 1449, col. Florida, pueblo de Axotla,
del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.
www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2010, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
Presidente Masaryk 29-6, col. Chapultepec Morales,
del. Miguel Hidalgo, 11570 México D. F.
www.acnur.org

D. R. © 2010, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo, 11590 México D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN CDHDF: 978-607-7625-35-3

Los cuentos contenidos en esta publicación fueron escritos y presentados en el marco del concurso de cuento ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos es de la autoría de las y los jóvenes que los escribieron, y no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Introducción	5
Palabras de los miembros del jurado	7
Eva Janovitz	
Hiquíngari Carranza	
Jenny Pavisic	
Cuentos ganadores de la edición 2010	
¿Y si yo fuera un refugiado...?	15
Eugenia Suárez Attie	
Lubji en las salvajes tierras del chizumulu	19
Mónica Celeste Laguna González	
Dividido en dos. Añoranzas de vida	25
Escarlet Guillermina Ortega Jacquez	
Mi historia	31
Rodrigo Farfán de Ascó	
Mis ángeles	35
Isabel Barba Lázaro	
Carrera hacia la libertad	41
Paula Martínez Gutiérrez	
La guerra interna de la sociedad	45
Alison Mirna Montero Walls	
Hacia lo desconocido	49
Ximena Díaz Almaraz	

Melodía de libertad Jorge Lazo	55
Peces pescados Luis Eder Bayuelo González	63
Respirar así bajito Rafael Ramírez Eudave	69
Hay sol y tengo frío Israel Macedo Serna	77
Selección de cuentos destacados de la edición 2010	
Mi huida a México Jordi Jaume Lázaro Hernández	83
Supervivencia Dalia Acosta Alvarado	87
Borrón y cuenta nueva Gilberto Marín Aguilar	91
Huyendo por la vida Dania Fernanda Mendoza Garcés	97
Un viaje de siete horas Víctor Hugo Hernández Rosas	103
Invisible Elena Alejandra Ochoa Salazar	111
Nada que no se pueda Andrés Cravioto Torre	115

Introducción

¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país

Con este tema, en 2007 el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) decidieron lanzar una convocatoria de concurso dirigido a jóvenes de entre 13 y 18 años de edad.

Lo que inició como un concurso de ensayo, en 2010 se convirtió en concurso de cuento con la premisa de brindar mayor libertad creativa a las y los jóvenes que quisieran compartir, a través de este género literario, su empatía con aquellas personas que se han visto forzadas a huir de su país a causa de la persecución, la violencia generalizada, la violación sistemática a los derechos humanos o los conflictos armados.

El ACNUR estima que más de 43 millones de personas han sido desplazadas forzosamente de sus comunidades de origen en todo el mundo; 41% de las personas refugiadas y solicitantes de asilo son menores de 18 años de edad.

Actualmente siguen llegando a México mujeres, hombres, niñas y niños que huyen de sus países en busca de protección. Las y los refugiados han tenido que dejarlo todo para salvar su vida y comenzar de nuevo en un país donde encuentran desafíos importantes; luchan por tener igualdad de oportunidades, trato y garantía de sus derechos sin discriminación.

Por ello, la enorme participación de las y los jóvenes en este concurso nos alegra, ya que se traduce en esperanza y confianza para lograr el respeto a aquellas personas que viven situaciones diferentes.

Una de las formas para alcanzar dicho respeto es precisamente ponerse “en sus zapatos” y comprender que ninguna de ellas quiere ser refugiada y que la solidaridad del país que las acoge puede hacer la diferencia en el momento de reconstruir sus vidas.

Agradecemos y felicitamos a las y los jóvenes que se animaron a compartir sus voces, sus ideas, sus preocupaciones, su creatividad y su talento. Prueba de ello son los cuentos que se compilan en esta publicación, la cual incluye los trabajos ganadores de las distintas categorías del concurso así como aquellos escritos que fueron reconocidos por el jurado debido a su sobresaliente calidad.

De igual forma, deseamos reconocer a las personas integrantes del jurado: Hiquingari Carranza, Eva Janovitz y Jenny Pavisic, por la dedicación, la sensibilidad y el entusiasmo mostrados en la calificación del concurso.

Finalmente, queremos agradecer a las instituciones educativas que se sumaron a la difusión de la convocatoria del concurso. De manera particular, a la Administración Federal de Servicios Educativos del Distrito Federal, a través de la Dirección General de Secundarias Técnicas del Distrito Federal; a la Dirección General de la Escuela Nacional Preparatoria, a la Dirección General de Educación Media Superior del Instituto Politécnico Nacional (IPN), a la Dirección del Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep), al Instituto Educativo Olinca, y especialmente a las y los profesores que alentaron y guiaron a sus estudiantes para participar en este concurso.

Palabras de los miembros del jurado

Eva Janovitz

Ser jurado: una gran responsabilidad y una experiencia de múltiples aprendizajes.

*Caminante no hay camino,
se hace camino al andar.*

ANTONIO MACHADO

Cuando me invitan a ser jurado de un concurso, y en especial de cuentos escritos por niños o adolescentes, tengo sentimientos encontrados. Por un lado me da mucha alegría, pues puedo conocer a través de sus letras a chicos valiosos de diferentes lugares de nuestro país que, de otra manera, muy probablemente no podría llegar a hacerlo; ellos nos transmiten con sus propias palabras frescas, de manera íntima y sincera, la forma en la que ven, viven y sienten un tema que parecería ser que no les pertenece. Por otro lado, al mismo tiempo, sé perfectamente que al aceptar ser jurado consumiré muchas horas de lectura y reflexión, incluyendo varias noches de insomnio intentando ser muy justa con todos esos valientes que han detenido el tiempo para dedicarse a escribir una historia.

Los concursos llevan implícitas varias contradicciones y “sinrazones” que dificultan el trabajo del jurado, porque al final hay que premiar a unos y hay que dejar fuera a otros, poniendo límite a la cantidad de trabajos que recibirán los premios y a cuántos trabajos dejas en el “casi” ganan. Frente a estas circunstancias difíciles, existen otras razones de fuerza por las que apoyo y estoy de acuerdo con los concursos de textos, y es justamente el que las y los niños y jóvenes puedan encontrar y cuenten con un espacio

para expresarse libremente y sean escuchados-leídos con todo respeto por otros.

Con gusto, y sintiéndome afortunada, leí los cuentos que con todo cuidado ya habían recibido una primera lectura por diferentes miembros de las instituciones convocantes. Todos ellos merecieron por lo menos dos lecturas de mi parte, algunos más de dos, en un intento por conservar las expresiones y palabras de sus propios autores. Debo confesar que desde entonces y hasta ahora no he salido de la emoción y el asombro que me provocaron al leerlos.

El día en que nos reunimos los integrantes del jurado para decidir cuáles textos merecían los premios, reconocimos aquellos que eran claros, que estaban bien escritos, y que reflejaban miradas profundas, sensibles y creativas sobre situaciones y personajes que vivieron las más variadas experiencias de migración. Las y los chicos participantes mostraron valentía y compromiso; y como los escritores profesionales de cuentos, que tejen sus historias mezclando los colores y sabores de la realidad y la ficción, muchas veces nos hicieron preguntarnos sobre el lugar desde donde escribieron sus jóvenes autores.

Los miembros del jurado tuvimos la suerte de conocer a los ganadores en la ceremonia de premiación. En nuestro imaginario habíamos pensado muchas veces en cómo sería realmente cada uno de ellos, qué los había motivado a escribir un cuento. Personalmente, sentí una gran emoción al conocerlos, al mirarlos a los ojos y encontrar en ellos a los más de 1 500 participantes; me sentí tranquila y feliz al pensar que ellos representan la posibilidad real que son los jóvenes. Los familiares que orgullosamente los acompañaban también eran premiados; en su felicidad mostraban su insuperable satisfacción.

Sé que muchos autores de los cuentos que se publicarán, y quienes fueron parte de la convocatoria del concurso, serán leídos por muchas personas. Espero que a unos y otros les queden ganas de seguir escribiendo y siendo parte de experiencias como ésta.

Por último, quiero agradecer a quienes pensaron en mí para ser parte del jurado de este concurso, por la oportunidad que me dieron de renovar mi confianza en los jóvenes, que más temprano

que tarde van tomando las riendas de sus vida y en este transcurrir, sin duda, tienen mucho que enseñarnos a todos.

Hiquíngari Carranza

Buenas tardes.

Veo cómo la piel del mundo se arruga cada día en medio del ardor que dejan las heridas impasibles del consumo, del individualismo y del culto al dios más socorrido que es el dinero.

Sin embargo, ludo por mantener en el alma una visión esperanzadora. Tengo en mi mente el recuerdo del árbol milenario al que cuando chico me llevaba mi padre para recordarme que el tesoro que nos regala la naturaleza, día tras día, no es un tesoro perdido, porque aunque el hombre no cesa en su aparente obstinación por terminar con el planeta, ella –la naturaleza– nos demuestra, nos dice a cada momento que los ciclos vitales se defienden y mantienen un equilibrio que todavía funciona.

Así son las relaciones humanas. Cuando parece que todo se ha perdido, aparece un gesto, una palabra, una sonrisa, una mano amiga, y todo lo devuelve, todo lo alivia; porque la esencia de los seres humanos en su mayoría es buena, sólo que la malicia y el egoísmo la acaban confundiendo.

Las instituciones que han convocado a este certamen son esa palabra, ese gesto, esa sonrisa, esa mano amiga. Enhorabuena y gracias por la insustituible labor que llevan a cabo y por haberme permitido ser parte de este concurso.

Con admiración
Hiquíngari Carranza
Director del Centro Cultural El Juglar

Jenny Pavisic

Lo primero que me gustaría destacar en este concurso es el número de cuentos recibidos. Sea por impulso de las y los maestros y pa-

dres, o por iniciativa de los propios jóvenes, ustedes se tomaron el tiempo para pensar y para proponer por escrito una historia que diera cuenta de la posibilidad de ser refugiado. En esto que acabo de señalar conviven dos situaciones por demás importantes y que cumplen el cometido implícito de esta convocatoria.

La primera tiene que ver con el tema: pensar el exilio y el refugio. Que mil jóvenes se detengan a revisar lo que saben, a imaginar cómo se podría sentir una persona que se ve obligada a dejar el país que lo vio nacer, y qué es lo que se puede enfrentar en una sociedad nueva. Ese acto de detenerse a pensar lo que vive otro, lo que le sucede a otro, pero como si lo viviera uno mismo; ese acto es en sí mismo la razón de un concurso de esta naturaleza: qué sentiría yo si a mí me pasara una situación tan extrema. Y su importancia radica en que, haciendo el ejercicio de ponerme en el lugar del otro, puedo comprender la verdadera tragedia que una situación como el exilio representa. Y si la comprendo, posiblemente se genere en mí una actitud distinta a la indiferencia.

La segunda tiene que ver con la escritura: escribir no es tarea sencilla, mucho menos si desde pequeños se inhiben las formas de expresión originales de cada uno. Por eso se requiere de valentía, de voluntad; de hacer una elección entre ir al cine, *chatear* con los amigos o sentarse frente a una hoja en blanco; entrarle a la angustia de esa hoja en blanco y dedicarle tiempo y esfuerzo para gestar una historia. Mucho más difícil es aún si esa historia luego pasará a ser leída por muchas personas en el contexto de un concurso.

Y son estas dos situaciones las que quiero –repito– destacar, porque resulta verdaderamente importante que las y los jóvenes de hoy dediquen su tiempo y su energía interna a actos creativos y reflexivos. Y para mí ser parte de un jurado dentro de un concurso que presupone dos situaciones como las planteadas tiene un enorme valor; es decir, me siento muy honrada de haber leído sus historias sobre cómo imaginan que vivirían si un día cualquiera comenzaran la vida en un nuevo país. En ese sentido, felicidades a todos los escritores.

De las historias que nos fueron dadas a leer muchas nos gustaron enormemente, pero en el momento de la deliberación en-

contramos que la forma de su escritura no correspondía a las bases del concurso, lo que hace de ellas magníficas historias pero no seleccionadas. Otra cosa que nos llamó la atención es que una buena parte de las historias se detenía con gran detalle en las escenas de violencia, que eran las razones por las cuales el o los protagonistas se veían obligados a huir. Pareciera que a las y los jóvenes les resultó más familiar hablar de golpes, persecución, tortura, uso de armas de fuego y violencia, que imaginar la vida cotidiana en un país ajeno. Y creo que esta forma de escritura es sintomática y debería ser motivo de reflexión de todos: de quienes escriben y de las y los adultos que las leemos.

Quiero contarles que en nuestra reunión de deliberación estuvimos de acuerdo casi en la totalidad de las historias que hoy son premiadas; todos coincidimos en sus aciertos sobre cómo trataron el tema, su forma de escritura. Fue muy difícil dejar fuera otras historias, por lo que tuvimos a bien dar menciones a otras más porque nos gustaron muchísimo y las encontramos altamente valiosas.

Lo malo de los concursos es que justamente deben dejar fuera un sinfín de buenas historias, por lo que quiero hacer énfasis en que ganar o no ganar no significa nada; lo significativo es haberlas escrito. Estoy segura que algunos de los nombres que aparecen encabezando sus trabajos serán nombres que recordaremos cuando en el futuro destaquen dentro de la literatura de México.

¡Felicidades jóvenes escritores!



Cuentos ganadores de la edición 2010



¿Y si yo fuera un refugiado...?*

Eugenia Suárez Attie

Recuerdo ese día como si hubiera sido ayer.

—Tienen que irse —dijo papá.

—¿Pero, a dónde? —preguntó mi hermana Fátima.

—¿Qué no vamos todos? —pregunté yo.

—Ése es el otro problema —respondió papá—. Solamente irán tú, tu hermana y su madre. Tu hermano y yo nos quedaremos aquí.

—Pero, eso significaría que estaríamos las tres sin ningún cuidado —dije yo.

Mi madre, con lágrimas en los ojos, se acercó a mí y dijo:

—Aisha, tu padre confía en que tú cuidarás de nosotras, porque eres una niña valiente y honesta. Nunca dejes que nada cambie eso.

—¿Papá? —preguntó Fátima—. ¿Ésta es la última vez que te veo a ti y a mi hermano Ahmed?

Nadie tuvo respuesta para esa pregunta.

Eso fue hace un mes. No he visto a mi padre ni a mi hermano desde entonces. Ahora estoy lejos de ellos, en otra ciudad. Hoy será mi primer día de escuela, después del papeleo, las filas largas y la busca de un hogar. Hogar para mí es nuestro albergue, donde estamos las tres muy cómodas. Mi mamá empezará a trabajar mañana en un supermercado, y yo cuidaré a mi hermana por las tardes. Estoy sumamente nerviosa por la escuela, de si me aceptarán o no, de si les caeré bien. En mi escuela en Jartum tenía un millón de amigos. Dejé de ir al colegio después de la guerra, y luego regresaba, y luego me salía de nuevo. Así fue por un año. Pero nunca dejé de ver a mis amigos: Devra, Farida, Gia y Azzam.

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 14 años.

Los extraño muchísimo. Extraño las tardes cuando íbamos al puerto a ver el sol ponerse. Extraño las escondidillas en la escuela. Me pregunto si algún día los volveré a ver.

Nunca supe la razón real por la que me había ido a ese país desconocido cuando ni siquiera pidieron mi opinión, por qué me había tenido que ir yo sola con mi mamá, ni por qué habíamos dejado a Ahmed y a papá en la casa hasta esa tarde. Llegué al albergue de la mano de mi hermana después de la escuela y fui directo a nuestras camas. Ahí no estaba mi madre, pero cuando pregunté me dijeron que había ido al baño. Sobre la cama había una serie de papeles con cifras y hojas en blanco. Pero yo me fijé en la que estaba justo en el centro. Era una carta. Estaba mojada con gotas de agua, como lágrimas. Me decidí a leerla.

Querida Haala:

Sé que quedamos que no nos escribiríamos, pero no puedo no tener contacto con ustedes, son mi familia. El objetivo de este escrito es asegurarte (y a las niñas también) que estamos a salvo. Ahmed se ha unido a la batalla, entonces estoy solo todo el día en la casa. Pienso en ustedes, en mi pequeña Fátima y en mi querida Aisha. Esta guerra nos separó por completo, cuando más nos necesitábamos. Pero lo que me consuela es que sé que hice lo correcto por ustedes mandándolas allá, porque aquí ni siquiera es seguro para Ahmed ni para mí.

No pude seguir leyendo, porque llegó mi madre y me arrancó la carta de las manos. Tenía los ojos muy rojos.

—¿Crees que leer las cosas de otros es de buena educación? ¿Te quieres volver una niña deshonesto? ¿Malcriada?

—La carta también era dirigida para mí —le contesté.

Me soltó una bofetada. Jamás la había visto tan enojada como aquella vez. Salí corriendo. Necesitaba aire libre.

Desde ese día las cosas entre mi mamá y yo empezaron a complicarse. Yo llegaba enojada de la escuela (los chicos me molestaban por ser extraña, ya que no me vestía como ellos y no entendía para nada su idioma) y ella estaba estresada en su trabajo,

entonces las cosas no iban bien. Fue hasta un día que llegué y mi mamá traía una sonrisa de oreja a oreja. Le pregunté qué pasaba.

—¡Ya con este cheque tenemos ahorrado lo suficiente para rentar un pequeño apartamento en la Calle 5! —dijo con entusiasmo.

—¡Increíble! —le dije.

La verdad es que ya estaba harta del albergue. Nos mudamos una semana después al apartamento. Estaba feo, viejo y en mala zona, pero era mucho mejor que el albergue. Teníamos comida, y teníamos casa y camas, no se podía pedir más. Mi mamá tomó un segundo trabajo por la mañana en el mercado para mantenernos mejor. No podía creer que ya llevara seis meses ahí.

Un día en la escuela, me senté en mi banca a esperar a la clase. Un compañero llamado Conrad se acercó a mi banca. Lo saludé en su idioma y nada más se rió. Entonces tiró mis libros. Los recogí. Vacío mi mochila. La levanté y metí todo. Me jaló el pelo. Le retiré la mano bruscamente. Entonces se enojó. Me empezó a gritar, diciéndome cosas que de alguna manera yo entendía, aunque ese idioma no se me daba. Pero de una cosa sí me di cuenta. Estaba ofendiendo mi cultura, mi religión, mi país y a mi familia. Y eso no lo iba a permitir. Le dije que se callara. Pero continuó haciéndolo. Lo empujé, me quitó mi cubierta de la cabeza, y me abalancé sobre él. Lo golpeé gritándole que a mí no me volvería a ofender jamás. Se levantó corriendo y fue directo a la dirección. Para ser sincera, no me importó. Ya había aguantado demasiado. Me quité el pelo de la cara y me senté en el pupitre de nuevo. No habían pasado ni cinco minutos cuando me llamaron a la dirección.

Me castigaron, por supuesto. Mi mamá dijo que estaba orgullosa de mí por haber defendido mi cultura y mi país, pero que los golpes no eran la solución. También que no quería que me metiera en problemas. Yo sólo me quedé sentada, asintiendo callada. Entendía a la perfección. Había golpeado a un niño y me odiarían más en el colegio desde ahora. Pero ese sentimiento de satisfacción no me lo quitaba nadie.

No pasó lo que creía. Era más respetada en el colegio, no me ofendieron ni una vez desde entonces. No por lealtad sino por miedo. Pero para ser franca, eso ya no me importaba.

Una semana después, llegó una carta de mi padre. Decía lo mucho que me extrañaba, lo mucho que le gustaría tenerme en sus brazos, que nada se comparaba con cómo se sentía sin nosotras. Pero el final de la carta fue lo que me impresionó. Ahmed se había ido a la batalla. Eso lo sabía. Pero la carta decía que jamás regresó. Se le había dado por muerto en un bombardeo. No se por qué, pero en ese momento no pensé en Ahmed. Pensé en mi padre. En mi pobre padre solo, en cómo se las iba a arreglar sin nadie.

Pero luego pensé en mi hermano, en el chico que me enseñó a hacer tantas cosas, que me acompañó en tantos momentos, y lo peor fue que no estuve ahí para despedirme. Pero supe que el no murió en vano. Murió en su honor.

Después de dos horas de llorar, decidí darle la carta a mi mamá. Por una extraña razón, a ella no le habían avisado. Sólo había llegado una carta, y era para mí.

Al final se la di. Lloró toda la noche, y le doy la razón. No pude dormir, salía del cuarto a consolarla, y regresaba y dormía un poco. Pero hubo un momento en el que ya no podía cazar el sueño. Sólo me senté junto a la ventana y la abrí un poco, de manera que el aire llenara mi cara. Entonces me hice la pregunta:

¿Alguna vez iba a salir de ahí?

Lubji en las salvajes tierras del chizumulu*

Mónica Celeste Laguna González

Hace ya tiempo que pasó todo y hoy me doy cuenta de lo presente que me parece aquello. Veo a la gente, los caminos. Continúo escuchando el llanto de los niños y sus madres. Sigo respirando el polvo en el aire y ese pestilente aroma de la desgracia.

Mi nombre es Lubji y nací en el seno de la tribu chizumulu residente cerca del lago Bassa, en el seno de una familia completa; primogénito de la primera esposa del cazador líder: el elegido. En el futuro, como mi padre, tendría que dirigir a toda la tribu, era el siguiente eslabón de una extraña dinastía.

En lo personal, jamás presté mucho interés a ese futuro tan anunciado para mí, hasta que llegó el momento.

Nunca supe exactamente cuándo nací, pero debió ser en el mes de mayo... de aquellos años que preferiría no recordar. Cuando cumplí 13 años, a la vez que mi mejor amigo, Senitje, ambos enfrentaríamos la prueba más dura de nuestras cortas vidas pues, según nuestras tradiciones, dejaríamos de ser niños. Nos convertiríamos en hombres.

Así que fuimos conducidos hacia las partes más alejadas de la tribu, dejamos atrás el lago que nos vio crecer y llegamos a los altos del río Zambeze. Para ambos era la primera vez que nos alejábamos tanto de los que amábamos. Mi padre, junto con el padre de Senitje, y el brujo de la aldea, nos dijeron algunas palabras y se marcharon. Nuestro reto era sobrevivir hasta que llegara la cosecha, en septiembre.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 14 años.

Ojalá hubiera puesto más atención en aquellos momentos, para recordar la última vez que hablaría con mi padre, para recordar los rostros orgullosos de nuestros padres. Ojalá.

De cualquier forma, Senitje y yo estábamos emocionados, preparados y deseosos del mañana. Nuestro primer problema lo encontramos cuando llegó la hora de dormir. ¿En dónde dormiríamos? Improvisamos con hojas de un gran árbol dos lechos, y ahí esperamos hasta que llegara el día siguiente.

Pasaron los meses, se acercaba septiembre y Senitje y yo estábamos completamente listos. Aprendimos a ganarnos la comida, a crear lo necesario para sobrevivir, a existir. Pero jamás imaginamos lo que había sucedido, y ni todas las experiencias, ni haber superado a la muerte más de una vez en ese tiempo nos prepararían para lo que se nos venía.

En septiembre de 1977, después de la independencia de Mozambique, comenzó un proceso que tardaría bastante en concluir y, sobre todo, sería de las situaciones más horripilantes del siglo xx: la Guerra Civil mozambiqueña.

Durante ese septiembre, el Frente de Liberación Mozambicano (FLM) tomó los campos del norte de Mozambique, tomó el caudal del río Zambeze y a finales de agosto estaría llegando al lago Bassa; con ello, comenzaría la erradicación étnica, la eliminación de diversas tribus, entre ellas los chizumulu. Ellos se preparaban para la guerra, pero la idea de una guerra para los chizumulu era demasiado reducida para lo que estaban a punto de enfrentar.

El grupo armado contaba con el apoyo de países extranjeros, por lo cual sus “adelantos” eran extremadamente superiores a los que tenían sus enemigos. Mientras los chizumulu entraban en trance unos días antes de la llegada del enemigo, el FLM afinaba sus rudimentarias tácticas, pulían sus rifles y recibían parque de parte de ciertos grupos extranjeros.

Entre tanto, Lubji y Senitje bajaban por el caudal del Zambeze, iban felices al encuentro de sus familias y en espera de la aprobación de su gente. Ya eran hombres.

La mañana en que Lubji y Senitje se preparaban para llegar hacia su aldea, ninguno de los dos sabía cómo cambiarían sus vidas desde ese instante.

Las despiadadas fuerzas armadas del FLM arribaron al lago Nyassa antes de que el sol diera sus primeros rayos. Los chizumulu estaban a la espera de su destino, y lo afrontarían con el valor con el que se enfrentaban a las bestias salvajes de la jungla. El ataque del FLM fue brutal y precoz; a los primeros rayos del sol el FLM ya se había retirado del lugar. El lago Bassa era de ellos. Los primeros rayos del sol dejaron entrever las consecuencias de una guerra civil inútil. La aldea estaba completamente destruida, había muertos por doquier y, sobre todo, no quedó ni rastro de vida.

Al medio día llegaron al lugar Lubji junto con Senitje, y lo primero que encontraron a su llegada fue una escena terrible: los animales de rapiña sobrevolaban el área, las chozas estaban completamente reducidas a cenizas, había muertos por donde se mirara y entre ellos, convaleciente, encontraron al padre de Lubji, quien al verlo junto con su amigo sólo atino a reír y murió sobre un charco de sangre, feliz de ver a su hijo convertido en todo un hombre y sabiendo que él llevaría la dinastía chizumulu en sus hombros.

No quedó nadie vivo, pero no podían permanecer ahí, puesto que el FLM no tardaría en regresar al lugar en búsqueda de sobrevivientes, si es que quedaban.

Las extrañas sensaciones que tuvieron ambos fueron completamente nuevas. Ni siquiera el tiempo lejos de casa los preparó para todo ello. Frustración, dolor, impotencia, odio... coraje. Todo se resumió en un deseo conjunto de ambos: venganza.

Corrieron, se adentraron nuevamente en la selva, pero en un claro ambos se detuvieron.

Lubji reflexionaba sobre lo que estaban a punto de hacer. Senitje se detuvo también:

—¿Por qué nos detenemos? Debemos vengar a nuestra gente —pero Lubji pensativo contestó:

—Nuestra mejor venganza es sobrevivir, encontrar otra vida y seguir adelante... como lo haría un buen cazador chizumulu.

Retomaron el camino, pero esta vez no paralelo al Zambeze. En esta ocasión ambos, con sus harapientas ropas, con su corta edad y con el alma destrozada, intentarían llegar a un lugar nuevo. Lubji le había dicho a Senitje que un conflicto de las personas del sur siempre es “organizado” de manera diferente. Senitje

también comprendía que el conflicto era completamente de las tierras del sur, pero ninguno de los dos entendía completamente lo que planeaban hacer a continuación. Como dos jóvenes de corta edad, decidieron alejarse de la zona, evitar el problema. Pero no entenderían la magnitud de sus acciones.

Acordaron dirigirse hacia el oeste, dejando las montañas donde veían salir el sol cada amanecer. Pero ninguno imaginaba que se dirigían a otro país, en donde todo su entorno sería diferente, sería comenzar desde cero, conocer a nuevas personas, pero sobre todo, comenzar una nueva vida iniciando, como la mayoría de las cosas en África, con problemas.

Tras cuatro días de viaje a marchas forzadas, dejaron atrás el FLM, el lago Bassa y la tierra que los vio nacer. Pero al atardecer del cuarto día encontraron una nueva traba en su camino: la frontera de Zimbabwe.

Estaban frente a un paso aduanal, con una pequeña caseta al lado de un portón imponente, cubierto completamente por alambre de púas. Sobre el portón había una serie de garabatos, como un letrero, que no comprendía ninguno de los dos. En los extremos de aquella enorme puerta comenzaba una cerca que ocupaba hasta donde alcanzaba la vista, construida también con alambre y custodiada por algunos soldados cada cierta distancia.

Ni Lubji ni Senitje entendían qué era un paso aduanal, y mucho menos entendían lo complejo de esta nueva escena. Llegaron a las afueras de un pueblo, cuyo nombre no recordaría ninguno, y se encontraron con que no eran los únicos que trataban de huir de la situación de su tierra. Mujeres cargando bultos enormes con sus hijos tomados de la mano o cargándolos. En algunos casos, las manos no alcanzaban para mantener cerca a los hijos de madres desesperadas.

Entre todo ello, también habían eventos aún más complejos y un griterío que hubiera sido al menos interesante si Senitje o Lubji hubieran entendido al menos una palabra de todo aquel escándalo. Ambos permanecieron parados, silenciosos contemplando a la gente sin emitir palabra alguna.

Senitje, al ver todo eso y después de unos momentos, se volvió hacia Lubji y le dijo:

—Tenemos que cruzar esa línea, es obvio que el otro lado de la cerca augura algo mejor, por eso todos esperan pasar de ese lado.

Lubji comprendió inmediatamente y ambos se alejaron del lugar para pasar la noche, cosa que no harían, pues notaron que al esconderse el sol los soldados se retiraban de sus puestos, dejando sólo un guardia en la pequeña caseta. Era el momento de avanzar.

Se alejaron de la caseta y del portón y se dirigieron hacia la parte derecha de la cerca. Desde ahí, Senitje se adelantó a trepar seguido por Lubji, pero cuando ambos estuvieron en la parte más alta de la cerca se vieron deslumbrados por una lámpara que apuntaba desde la caseta. Lubji se apresuró a bajar e inmediatamente comenzó a correr hacia los pastos altos que estaban enfrente, seguidos de un pequeño bosque. Corrió lo más rápido que pudo sin voltear hacia atrás, hasta que escuchó un estruendo con el que Senitje, que seguía sobre la cerca, atorado, desfallecía estrepitosamente, y su joven cuerpo colgaba tintineante de la cerca, medio alumbrado por el clareado matutino, el sol comenzaba a destellar detrás de las montañas que habían dejado antes. Seguramente les hubiera gustado comprender el letrero sobre el portón: “se disparará a quien no cruce de forma legal el paso”.

Al contemplar aquella imagen, al ver a su mejor amigo colgar inerte de una cerca, se llenó de coraje y sus ojos negros se llenaron de lágrimas mientras comenzó a escuchar más disparos entre el nuevo amanecer. Cada ráfaga de balas que le perseguían le animaba aún más a correr con todas sus fuerzas, hasta que dejó de escuchar aquellos disparos, pero no descansó ni se detuvo porque sabía que al hacerlo lo atraparían. Y siguió hacia adelante hasta que amaneció completamente. Ya estaba en territorio de Zimbabwe.

El volver a comenzar de nuevo, dejar atrás el pasado, es algo que tuvo que sobrellevar Lubji a sus escasos 13 años.

Dejando atrás la terrible bienvenida a Zimbabwe, Lubji se adentró en el nuevo territorio, encontrando directamente el poblado de Luangwa, en donde encontró a algunas personas, que la primera ocasión que las miró, corrió rápidamente a esconderse; tenían uniformes como el soldado que asesinó a Senitje, pero los uniformes de éstos eran algo diferentes: en la cabeza portaban un casco de color semejante al cielo. Los cascos azules custodiaban el poblado.

Lubji corrió hacia un pequeño contingente de estos soldados cuando, desde un vehículo automotor, comenzaron a repartir comida entre la gente. Fueron los primeros uniformados a los que Lubji dejó de temer. Uno de los soldados se dirigió hacia Lubji, el único joven que parecía no ser de ahí; le dijo algunas palabras que no comprendió y lo tomó del brazo. Lubji trató de huir desesperadamente, trató de zafarse de la fuerte mano de aquel hombre, pero su debilitado cuerpo no sería capaz de tal cosa. Al estar sujeto por el soldado, Lubji sólo recordó aquella imagen de su amigo.

Si tan solo hubiera entendido lo que decía aquel soldado: “Te vamos a ayudar, sé ve que vienes de Mozambique... aquí, desde hoy, eres un refugiado”.

Lubji hoy en día tiene más de 45 años, y cuenta su historia a algunos que son pacientes y la escuchan. Él ya no vive en Mozambique, jamás regresó desde aquel 1977, pero tiene la esperanza de algún día hacerlo. Él es de los pocos chizumulu que aún existen, los cuales no superan la docena; todos viven lejos de Mozambique, además de que ninguno recuerda a un tal Lubji, o tal vez prefieren no hacerlo, no recordar al “elegido” que para ellos jamás volvió.

La vida de Lubji en una nueva tierra fue enteramente difícil, prueba tras prueba que la vida le presentaba, las cuales superaba. Llegó a Zimbabwe sin poder siquiera comunicarse con alguna otra persona; se adentró en un país con costumbres completamente diferentes a las suyas, sin un lugar donde dormir, sin compañía alguna. Solo.

Lubji aprendió a hablar inglés antes que shona, la lengua de Zimbabwe, y consiguió de alguna forma el apoyo de esos soldados a los que les agradecía tanto; poco después supo que eran los llamados “cascos azules”.

Afrontar una nueva vida es en extremo complejo, se trata de un paso difícil, no sólo por lo aventurado que es todo lo nuevo, sino por lo que se deja atrás. Lubji dejó atrás un padre, una familia, un destino, una comunidad, una vida; dejó a su mejor amigo, dejó años de felicidad que cambió por tiempos de lucha.

Pero algo que nunca olvidará es lo que su padre le dijo: “Los chizumulu no son diferentes a los demás, sólo que tú tienes un futuro y debes luchar por él”.

Dividido en dos. Añoranzas de vida*

Escarlet Guillermina Ortega Jacquez

Cuando esta convocatoria llegó a mí abrí el baúl de los recuerdos, cerré mis ojos y recordé a don Luis Álvarez, alias el *Málaga*.

Las hermosas charlas que teníamos siendo una niña sentada en la muralla de la vieja y semidestruida Hacienda de Santa Clara, pueblo donde creció mi madre y aún vive mi abuelo Pedro.

Yo pasaba de niña mis vacaciones con mis abuelos y ponía atención a don Luis, el protagonista de mi cuento.

—Don Luis, buena tarde. ¿Qué hace?

—Añorando el pasado.

—¿Por qué la tristeza en sus ojos?

—No estoy triste, son sólo recuerdos.

—¿Los puede compartir conmigo?

—Claro pequeña, claro.

Me siento en la puerta del zaguán y comienza su relato.

—¿Sabes? Recordaba que hoy es la fiesta de mi pueblo: Málaga, España, donde yo nací —sus ojos miran a la distancia. Un largo suspiro—, cuando la guerra y Franco.

—¿Quién era Franco?

—Un loco que gobernaba mi patria —patria, con sus ojos empapados de lágrimas, qué bonito me sonó esa palabra.

”Yo salí siendo un mozalbete con sólo 12 años de Málaga, para desembarcar como refugiado en la América. Mis padres y hermanas me despidieron con unas cuantas monedas llamadas pesetas, un vieja valija con mis pertenencias (nada que valiera la pena), una estampa con la virgen de mi pueblo, su bendición y un

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 14 años.

abrazo que aún lo siento, un beso; ‘no mires hacia atrás hijo mío, tienes que ir a América’.

”México abrió sus puertas a los refugiados de España.

”El viaje fue largo pero no lo sentí, el cansancio desapareció cuando desembarcamos en el puerto de Veracruz y pisé tierras mexicanas.

”El sufrimiento, el recuerdo de mi patria, pero estaba lleno de ilusión.

”En la Secretaría de Relaciones Exteriores nos acomodaron en grupos y nos mandaron a diferentes partes de México.

”Me tocó el estado de Chihuahua, un viaje largo en carreta, en mulas y a pie.

”Al fin la tierra prometida, había que trabajar muy duro.

”Los adultos nos organizaban para las labores de unos pastores, otros en el campo, y las pesadas jornadas de construcción de estas murallas, la Hacienda de Santa Clara.

”La comida racionada, pero eso no importaba. Como era pequeño me tocaba ser ayudante de panadero por lo cual comía y, de vez en cuando, obtenía un centavo. Había que trabajar duro y ayudar a los demás en sus jornadas, después de hornear el pan en este gran horno destruido.

”El día estaba ocupado chicuela, pero la noche no. Ésa era para llorar, deseaba un abrazo, un regaño, hasta el hambre de mi patria añoraba.

”Luego había que lidiar con la burla de los demás chiquillos y jóvenes.

”Me molestaban por la forma de hablar y me apodaban como a muchos más: los gachupines.

”Llegamos a hurtar su patria, su tierra, su espacio, por lo tanto no éramos muy aceptados.

Después lo comprendí.

—¡Qué sufrimientos, chicuela!

Enjuga sus ojos y parece que está limpiando su nariz, pero no, está llorando, a sus 80 años.

Llegan sus nietos y bisnietos, vamos a jugar hoy a los encantados.

Don Luis se queda sentado donde lo encontré.

Tengo cosas más importantes que hacer, voy a jugar.

Pasaron meses y vienen las vacaciones de verano. El viaje a Santa Clara, ver y abrazar a mis abuelos, y salir corriendo rumbo a las ruinas de la hacienda.

—Escarlet ¿A dónde vas?

—¡¡Saludaré a don Luis abuela!!

—Corre, acaba de llegar de España.

—¡¡Bravo!! Pero, ¿cómo le hizo?

—El gobierno dio un viaje a los refugiados, y puso un avión para los que quisieran ir a su patria. Viajó a la capital, y de ahí a la ciudad de México —dijo la abuelita.

—¡¡Vaya, qué interesante!!

Don Luis es mi prioridad, tengo que enterarme qué pasó. Corro de prisa hasta la vieja casona de la hacienda y ahí está, sentado como siempre en el zaguán, con su mirada fija en sus recuerdos.

—¡¡Don Luis, qué gusto!! ¿Qué dicen sus reumas y sus males? ¿Todo ha mejorado, fue a su patria? ¿Qué trajo? ¿Qué sintió? ¿Qué le pareció? ¿A quién encontró?

—¡¡Calma, calma!! ¡¡Cómo preguntas, bendita la madre que te parió!!

Me siento en la puerta del zaguán de la vieja muralla nuevamente a escuchar el último relato que tuve con el viejo don Luis.

—¡¡Fui a mi España —un suspiro— chiquilla!! No encontré a mis padres, sólo a una de mis hermanas, pues mis padres hace mucho tiempo que murieron; a mi madre la encontró la muerte cuando mi hijo el mayor nació, pero bendita la Lola que dejó descendencia y pobló media provincia malagueña.

—¿Quién es la Lola?

—Mi hermana la más pequeña, porque la mayor era religiosa y la mediana no tuvo descendencia.

”De los parientes en segundo grado sólo encontré un primo.

”En el pueblo, Málaga, sólo la Virgen era la misma... reí, lloré, añoré, recordé; bendecí y maldije. No era a la vida, sino a mí mismo porque tuve que salir de mi patria, no pude darles el último adiós a mis padres ni compartir con mis hermanas tantas cosas que ya no pudieron ser...

”La noche antes de regresar a México tuve que estar en Madrid, porque uno de mis amigos y compañeros de viaje había muerto, sólo vino a quedarse en la España nuestra.

”Mi amigo Pedro Lozano. Amigo de memorias, de la guerra que no vivimos pero padecemos, de la buena y la mala suerte, de siempre.

”Nos encontramos al momento de volver a nuestra patria y aquí nos despedimos en la tierra nuestra.

”Me voy y me llevo lo que puedo porque a esta edad no nos queda mucho que llenar, todos los sentimientos ya pasaron por mi vida, por lo tanto quizás lleve un dejo de júbilo y tristeza, sentimientos encontrados.

”Me pregunto... ¿cuál es mi patria? ¿La que me parió o la que me amamantó?

”Mi patria es la que me dio refugio, tierra, esposa e hijos, respeto, fortuna, amor, una que otra desventura y desilusión. España ya no era la patria mía, sino la de mi amigo Pedro que añoró tanto volver a ella y ahí se quedó.

”Después de dar el último adiós a mi amigo, ansiaba tanto volver a mi patria, México, donde tenía todo lo mío, lo que Dios y la Virgen me dieron.

”Entonces comprendí que no era un refugiado, era un mexicano.

”¿Cuánto dejé? ¿Cuánto me costó? No lo sé. ¿Cuánto aprendí de lo que mi nueva patria me dio, al volver a mi vieja España!

”¡Ay chicuela! Puedo morir en paz.

”Sé que la patria mía no es la que me parió sino la que con sus tetas me amamantó.

Secó don Luis sus ojos mitigando su llanto.

Luego sacó unos hermosos vestidos coloridos con holanes, una hermosa peineta que me obsequió, y algo que me pareció como una concha de madera que sonaba y hacía un acorde musical cuando él la movía en sus manos.

—¿Qué es eso don Luis?

—Unas castañuelas —contestó.

—¿Y estos rebozos para qué son?

—Son unas hermosas mantillas de mi tierra —dijo él con orgullo.

—¡Escarlet, es hora de cenar! —gritó mi abuela.

Se me había ido el día en la amena charla con don Luis.

Para las vacaciones siguientes de invierno fui a la puerta del zaguán de la muralla. Don Luis ya no estaba, se había ido a un viaje sin retorno, adonde iremos todos, sin necesidad de ser exiliados o refugiados. Don Luis había muerto, en su patria, su México que no lo parió pero lo amamantó.

Añoranzas de vida sacadas del baúl de los recuerdos.

Mi historia*

Rodrigo Farfán de Ascó

No llovía, el cielo estaba despejado y el sol brillaba. La gente caminaba por las calles, todas con un propósito y con un destino. La mayoría con prisa porque probablemente alguien los esperaba, no para cenar sino porque les importaba que regresaran a casa.

Ése fue el momento en el que dejé que todos los sentimientos salieran, sin importarme que estuviera en una calle a la mitad de Estambul rodeado de extraños que no hablaban mi idioma y a quienes yo no les importaba en lo absoluto. Nunca en la vida me había sentido más solo, perdido e impotente. No sólo me encontraba en un país que me había aceptado después de dos años en un campo de refugiados, sino que aún no dominaba el idioma y no sabía qué había pasado con mi familia.

Llegué a Estambul hace dos años y medio. Dejé mi pueblo natal hace cuatro.

Mi pequeño pueblo natal se encontraba a dos kilómetros de la frontera de Irak con Irán. Era un pueblo pobre pero lleno de gente amable. Siempre podías encontrar niños riendo y jugando por las calles y cuando llegaban las lluvias, toda superficie se llenaba de plantas y flores blancas y rosas. Aun cuando no había mucho dinero nadie tenía hambre y todos éramos lo más felices que podíamos. Durante los años en el campo de refugiados sólo los recuerdos de cómo mi madre nos alejaba a mis hermanos y a mí de las ropas blancas que colgaban del tendedero y de cuando nos horneaba pan que comíamos con nata me lograban sacar una sonrisa.

Mis padres siempre insistieron en darnos la mejor educación disponible y todo se mantuvo en paz, hasta que la Guerra Santa en

* Cuento de la categoría de 13 a 14 años premiado con una mención honorífica.

contra de los talibanes empezó. Mi padre, siguiendo su deber de hombre, dejó el hogar para luchar. Durante dos años esperamos su regreso, escuchamos que había muerto en la guerra y también que se encontraba en algún hospital, pero nunca lo encontramos ni vivo ni muerto.

Cada vez era más difícil mantenernos, algunos días mi madre no era capaz de darnos de comer. La gente del pueblo cada vez estaba más asustada y las noticias de la guerra estaban más cerca de nuestro hogar. Yo ya me había preparado para defender a mi familia, con 12 años de edad no podría hacer mucho pero sí podría ser reclutado. Ésta fue la razón que motivó a mi madre a mandarme junto con un grupo de jóvenes a Inglaterra; después de todo yo tenía un par de primos que ya vivían allá, podría pedir asilo como refugiado.

Sin embargo, nunca llegué a Inglaterra, pero a diferencia de muchos aún sigo vivo. En el campo de refugiados me encontré con muchas personas de diferentes nacionalidades, todos compartimos nuestras historias. La mía aunque no tan violenta como otras es la repetición de una misma y amarga tragedia. Todos huimos de nuestros hogares, todos fuimos maltratados, humillados, todos buscábamos un futuro mejor y vimos a muchos morir en el intento.

Es irónico que en un mapa Turquía parezca estar tan cerca de Irak, podrías pensar que no tardarías más de tres días en llegar de un lugar a otro. En avión se hacen ocho horas, a pie puedes tardar 15 días e incluso puedes nunca llegar. Un grupo de 20 jóvenes salimos una noche y subimos a un camión de carga con un cuarto escondido. Después de cuatro días llegamos a la frontera de Turquía con Bulgaria, donde un helicóptero y un grupo de policías armados nos estaban esperando.

Tres amigos míos ya habían muerto y en cuanto bajamos del camión nos golpearon y nos quitaron todas nuestras posesiones. Después nos llevaron a una cárcel en Bulgaria, donde los policías nos gritaban y nos asustaban diciéndonos que no debíamos dormir porque nos deportarían. Al final sí lo hicieron, pero a un campo de refugiados en Irán. La gente de ahí no nos quería y nos lanzaba piedras e incluso intentaba envenenar nuestra comida.

No permanecí mucho tiempo en ese lugar, por suerte conocí a un reportero o tal vez un misionero, no estoy seguro de quién era o de qué nacionalidad tenía pero era alto y bondadoso. Era la primera persona que nos trataba como humanos después de mucho tiempo. Nos hacía preguntas sobre de dónde veníamos y cuánto tiempo llevábamos ahí.

Este hombre tomó mucho interés en mi caso, no sé por qué. No creo que yo fuera diferente a los demás. No había sufrido tanto como la señora que huía de Sudán y había cruzado el desierto del Sahara pasando sobre huesos de un sinnúmero de personas que no habían logrado cruzar, o aquel otro niño de apenas dos años que había nacido en el campo de refugiados y que no tenía nacionalidad.

Ese hombre contactó a un amigo que a su vez contactó a Derechos Humanos. Él me consiguió los papeles y logré salir del campo de refugiados e ir a Turquía donde sería recibido como refugiado de guerra. No fue fácil, el camino lo tuve que hacer yo solo, no tenía dinero y mi salud estaba muy mal por la falta de agua y comida bajo las cuales había estado viviendo en los últimos años. Ya en Turquía no querían aceptar mis papeles y me mantuvieron en un cuarto durante dos días, sin comida ni agua.

No me permitieron llamar al hombre que me había ayudado ni a su amigo de Derechos Humanos. No vi a nadie durante ese tiempo, ni siquiera me prendieron la luz del cuarto. Pero al final del segundo día un hombre de nariz ganchuda y con lentes me entregó unos papeles y me dijo en árabe “bienvenido a Turquía, ya eres un ciudadano”.

No sé si en ese momento lloré más que en esa banqueta. No puedo decir si el llanto que viene de la felicidad y de la tranquilidad de tener un lugar en el que estar es mejor o peor que el llanto que viene de la soledad y del miedo. En ese momento, sobre la banqueta, durante el día soleado, tuve más miedo que nunca y entendí que la soledad va a estar atada a mí hasta el fin de mis días.

Lloré en esa banqueta hasta que las lágrimas comenzaron a arderme en los ojos y anocheció. Ya no había gente en las calles y los puestos del mercado estaban cerrados. Desde mi lugar podía ver la mezquita azul y Santa Sofía iluminadas al otro lado del

Bósforo. Me sentía más vacío y más triste que cuando empecé a llorar. Ahora me encontraba seguro, en un país sin guerra pero sin mi familia.

Me levanté y caminé hasta el pequeño cuarto que compartía con otros tres iraquíes. Si no fuera por ellos creo que no podría continuar. Ese pequeño cuarto sobre una panadería que nos rentaba un turco gordo y malhumorado era un pequeño trozo de Irak en el cual mis otros tres compatriotas y yo revivíamos tradiciones de nuestra tierra. El único lugar en el cual podíamos comer nuestra comida y hablar nuestro idioma sin que nadie nos juzgara, ya fuera con enojo o con simpatía.

Mis ángeles*

Isabel Barba Lázaro

—México.

—¿Qué? ¿Cómo?

—México es el lugar donde estás, aquí es donde te ha colocado la ONU.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

—No sé, no podría decirte.

Ya son tres semanas desde que pasó, desde que perdí todo: mis amigos, mi escuela, mis papás, mi hermano, mi casa. Perdí todo en el terremoto. Me llamo Ertha en honor a Ertha Pascal-Trouillot, la primera y única mujer que ha ocupado la presidencia en Haití. Tengo 14 años. Yo vivo, o mejor dicho, vivía en Puerto Príncipe, Haití. Eran las 16:00 horas, yo andaba en mi bicicleta, mis amigas estaban haciendo la tarea. Cuando pasó, la tierra se empezó a mover. El oficial de Jamaica me dijo que se llamaba “terremoto”. Él me llevó con un grupo de niños de diferentes edades, todos lloraban desconsoladamente. Los oficiales me dieron la peor noticia de mi vida: toda mi familia murió en el terremoto. Nos subieron a un barco pequeño. En él había muchos niños, y uno dijo que nos iban a poner en adopción. Yo no quiero, yo ya tengo a mis papás.

—¡Hola Ertha! Soy la doctora Rodríguez.

—¿Doctora? ¿De qué?

—Psicología.

—¿Qué? No estoy loca —contesté con lo primero que se me vino a la mente.

—No, claro que no. Pero te queremos checar para ver si te podemos llevar a un centro de adopción.

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —las únicas palabras que pude decir—. Yo no quiero otra familia. Yo quiero a mis amigos, a mi hermano Luis y a mis papás.

Te preguntarán cómo sé español. Bueno, primero quiero aclarar que mi familia tenía buen nivel económico; yo tenía casa, dinero y ropa. En la escuela me enseñaban criollo haitiano, francés y un poco de español.

Al llegar al orfanato me presentaron a muchas niñas y cada una con una historia que contar. Dormía en un cuarto muy grande, en él dormimos unas 20 niñas.

Hoy, la primera noche, ha sido muy difícil y dudo que cambie. El principal problema es que no hablo muy bien español y las niñas hablan muy rápido. Y además todo es muy diferente, yo estoy acostumbrada a que mi mamá todas las noches me leyera un cuento.

—Cómo extraño a mis papás —susurre para que nadie me oyera. No quiero que nadie piense que soy una llorona. Quiero que piensen que soy fuerte, de esa manera saldré más rápido de aquí y si tengo suerte tal vez encuentre una familia. Pero tengo miedo, soy tan diferente de las demás niñas en todo: color de piel, yo soy mucho más alta. Tengo miedo que me vayan a juzgar por como soy. Mi deseo es tener nuevas amigas. Espero tener suerte mañana que vaya a la escuela.

Por las cosas que están escritas en el pizarrón supongo que es clase de matemáticas. El nivel académico está mejor que en Haití. Soy la más grande en mi clase y lo más seguro es que sea la menos inteligente.

—¿Cómo te llamas? —me atreví a preguntarle a una niña rubia que se sienta a un lado de mí.

—Guadalupe, pero todo mundo me dice Lupita. ¿Y tú?

—Ertha.

—¿Qué raro nombre! —respondió con una risita entre dientes.

Me regresé a mi lugar inmediatamente me dio mucho coraje que se riera de mi nombre, del nombre que mis papás eligieron para mí. La quería golpear pero me contuve, no quería meterme en

problemas en mi primer día de clases. El resto de la hora me la pasé pensando qué estaría haciendo ahora en este momento en Haití.

A la hora del receso, todos mis compañeros salieron del aula; yo me quedé sentada, no sabía qué hacer. Hasta que sentí que alguien me miraba, así que levanté la vista para ver quién era.

—¡Hola!, mi nombre es Juan —Juan, un niño alto, moreno y de ojos café muy grandes.

—¡Hola!, yo soy Ertha —le contesté.

—Me contaron que vienes de Haití. Debes extrañar mucho tu casa y a tu familia.

—Mi casa está en el piso o en un basurero y mi familia muerta.

—¡Cuánto lo siento! —Juan me abrazó. Lo que sentí fue impresionante, fue la primera vez que me sentí querida desde el terremoto. Luego agregó—, hace nueve meses mi hermano pequeño, el Güero, falleció. Yo siempre digo que él es mi ángel y que todos los días me cuida y me abraza. Tú debes ser muy afortunada, todo el tiempo te abrazan tres personas al mismo tiempo, todo el día.

Las lágrimas querían salir de mis ojos pero yo no quería, me mordí el labio para no llorar. Miré la cara de Juan y no pude más, una lágrima resbaló por mi mejilla y luego otra y otra. Juan estuvo ahí todo el tiempo a mi lado. ¡Juan, mi primer amigo en México! Pero espero que no sea el último.

Esa noche medité todo lo que había pasado en los últimos días y, lo más importante, lo que debo de cambiar para tener más amigos y posiblemente logre tener una familia. No sé qué hizo Juan ese día, pero cambió mi forma de pensar, me dio el ánimo para seguir adelante.

Al día siguiente, en la escuela, Juan me presentó a sus amigos y empecé a identificarme con ellos. En especial, con una niña llamada María. María me aconsejó hacer deporte o integrarme a un club para conocer a más personas y mantenerme ocupada durante la tarde. Lo primero que se me ocurrió fue el fútbol, ya que soy rápida. Ese mismo día, al terminar la escuela, fui a mi

primera práctica de fútbol. No me fue muy bien, ya que no soy muy buena.

Al regresar al orfanato, me llegó la noticia de que había una nueva niña en el orfanato, era una pequeña de unos 12 años. Tenía la cara roja de tanto llorar. A la pequeña niña la situaron en la cama junto a la mía. Después de unos 10 minutos de estar observándola me armé de valor y le pregunté su nombre.

—Paola, me llamo Paola.

—Mucho gusto, yo me llamo Ertha —trataba de sonar dulce para calmarla—. ¿Me quieres contar lo que te pasó?

—En un tiroteo que hubo en la calle, por error le dieron a mi mamá —respondió con dificultades.

—¿Y tu papá?

—Yo nunca conocí a mi papá —contestó entre dientes con una lágrima saliendo de sus ojos.

El resto de la tarde la pasé con Paola, platicamos de todo. A la hora de dormir, noté que Paola llevaba consigo una foto entre sus manos y pude identificar a una señora joven de unos 30 años. Me imaginé que era su mamá pero no le quise hacer más preguntas. Al menos no ese día.

Esa noche Paola lloró mucho, en la madrugada decidí ir con ella y me senté a un lado de ella. La acompañé toda esa noche porque yo sé por lo que está pasando.

Los próximos días no fueron tan diferentes, María se convirtió en mi mejor amiga y jugamos basquetbol juntas y nos divertimos mucho. Pero entre más tiempo pasaba con Paola me encariñaba más con ella, tanto que llegué a creer que era mi hermanita. Si ella lloraba, yo lloraba; si ella reía yo reía.

Un día Paola me despertó a media noche, me pidió que la acompañara con la señorita Graciela. Ella era la encargada nocturna en el orfanato. Paola no se veía bien, estaba pálida de la cara y tosía mucho, parecía que tuviera problemas para respirar. La señorita Graciela se llevó a Paola al hospital, y las quise acompañar pero no me lo permitieron y me mandaron a dormir. El día

siguiente fue sábado y yo estaba ansiosa por ver a Paola pero ella no había llegado. Caminando por los pasillos, la señorita Graciela me llamó a su oficina.

—Ertha —dijo la señorita Graciela con una voz tan tierna.

—¿Cómo está Paola? —fue lo único que pude decir.

—Paola sufrió un ataque de neumonía y tristemente falleció.

Sentía que mi mundo se iba abajo. Primero mi familia y ahora “mi hermanita”. La noticia fue un duro golpe para mí. Me regresé a mi cama y dormí. Paso el sábado, el domingo y el lunes, cuando finalmente el martes decidí ir a la escuela. En la escuela lo primero que hice fue contarle lo sucedido a María.

El viernes de esa misma semana, se acercaron a mí una pareja ya grande y me empezaron a hacer algunas preguntas, a las cuales yo respondí con toda sinceridad. Hubo algo de ellos que me agradó mucho, pero no me hice ilusiones. Esa misma pareja empezó a frecuentar el orfanato y siempre llegaban a platicar conmigo. Me contaban de todo y yo a ellos igual. Con el tiempo los conocí mejor, ellos me pidieron que los llamara Margarita y Vicente.

Dos meses después, un sábado, llegaron Margarita y Vicente; me entregaron unas flores y me dieron la maravillosa noticia de que me querían adoptar. Lo primero que hice fue llorar, pero por primera vez en mucho tiempo fueron lágrimas de alegría.

Lo más difícil de la adopción fue que iría a una escuela diferente y perdería el contacto con mis amigos de la escuela y del orfanato. El primer día como hija de los señores Martínez fue inolvidable y al llegar a su casa ya me tenían un cuarto preparado.

—Otra nueva escuela, nuevos compañeros. Me tengo que adaptar de nuevo —fue lo que dije antes de entrar a clases.

En la nueva escuela fue muy fácil adaptarme e hice buenos amigos rápidamente.

Ahora vivo con los señores Martínez como hija única. Yo sé que son una pareja de edad avanzada y que su hora final puede llegar en cualquier momento, pero yo estoy lista para cuando eso suceda. Yo sé que cuando esto suceda, voy a tener más ángeles

que me cuiden desde el cielo. Porque mis ángeles me ayudaron a seguir adelante y llenarme de fuerza. Cada vez que me siento triste me acuerdo que Luis, mis papás y Paola me abrazan todo el tiempo y para mí eso es suficiente.

Carrera hacia la libertad*

Paula Martínez Gutiérrez

Mari Gen estaba aterrorizada, no podía apartar la vista de los coches y camionetas del Ejército, que ahora les bloqueaban el paso. —Éste es el fin —pensó, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Habían llegado tan lejos, y ahora se quedarían a tan sólo una cuadra de la embajada mexicana, aquella que los acogería y los protegería de los militares y los políticos de Chile. Durante los últimos días había sentido más miedo que nunca antes en su vida, al darse cuenta del terrible peligro que toda su familia, los Claps, corría. Al mismo tiempo, había aprendido a idealizar la embajada mexicana, la entendía como el equivalente a seguridad, a estar a salvo de todas las amenazas que enfrentaban en su país.

Su padre, Mauricio Claps, no era un hombre peligroso. Al contrario, estaba en contra de cualquier tipo de violencia, y siempre había buscado justicia para Chile. Por eso Mari Gen no podía entender por qué el Ejército lo había perseguido y los habían obligado a separarse de él. Afortunadamente, su padre los esperaba en México, un país en la parte norte de América, según les había explicado su madre, Clara, a ella y a sus otros hermanos. Ese día, 23 de septiembre de 1973, se habrían de reunir con él, después de haber estado 12 días alejados.

Se levantaron a las cinco de la mañana, pues su madre había dicho que de ese modo alcanzarían a desayunar y jugar con los de la embajada cuando llegaran. Lo cierto es que era más difícil que el Ejército los fuera a buscar tan temprano, pero Clara no consideraba apropiado que sus hijas de siete y 10 años supieran

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 15 a 16 años.

que los estaban persiguiendo por las ideas políticas de su marido, mucho menos que sus vidas corrían peligro. Siempre había buscado proteger a sus hijas de los problemas y se sentía muy preocupada porque esta vez no le era posible ocultarles la dura realidad a la que se llevaban enfrentando por casi dos semanas.

Se vistieron y desayunaron en silencio. No llevaban maletas, tan sólo habían guardado en una gran bolsa algunos cambios de ropa, fotografías y los libros más preciados de Mauricio, que no se había podido llevar por las prisas de huir de la casa. El dinero y los pasaportes los guardó Clara en su gran abrigo de piel. No extrañarían Chile, al menos no el Chile que se había convertido en los últimos días. En ese transcurso de días, Clara había visto la manera en la que su país se había transformado, y consideraba que ya nada quedaba de aquel lugar que siempre había dicho que era su patria, su hogar. Sentía una urgencia impresionante por salir de Chile ahora, no sólo por el peligro que representaba para su familia el quedarse ahí, sino por los militares que los buscaban. Tampoco deseaba que sus hijas crecieran en una nación como se había vuelto Chile, en medio del caos y las amenazas del nuevo gobierno. Por estas razones, al salir con sus hijas de la casa, no se molestó en lanzar un último vistazo hacia atrás, sino que caminó con paso decidido hacia el taxi que las estaba esperando en la entrada. Ayudó a Regina a subir en la parte de atrás, y presionó a Mari Gen para que se apurara en cerrar la puerta. Por fin, se dirigían a un lugar seguro, libre. A su nuevo hogar.

Pasaron las calles en silencio. La ciudad entera aún dormía, muerta de miedo, intentando procesar todavía cómo estaban cambiando sus vidas con el paso de las semanas. Una infinidad de recuerdos corrían por la mente de las mujeres Claps, y por unos instantes experimentaron una fuerte nostalgia y supieron que, muy adentro, extrañarían Santiago. Sin embargo, no compartieron este sentimiento con las demás, pues pensaron que debían tener la mente abierta a su nueva realidad y buscar la mejor manera posible para adaptarse y buscar la felicidad en su próximo hogar.

Su casa se encontraba lejos de la zona de embajadas, y las niñas no tardaron en quedarse dormidas. El chofer del taxi, extrañado por la sospechosa bolsa que cargaba Clara entre las piernas, qui-

so averiguar sutilmente la razón por la que iban a la embajada mexicana. Clara, sin embargo, sabía que sería muy peligroso compartir cualquier tipo de información con extraños hasta que estuvieran a salvo en la embajada, así que sólo dio respuestas concretas. Al poco tiempo, el taxista desistió, su curiosidad no fue más fuerte que la flojera, y se limitó a manejar y observar a las mujeres que llevaba. Eran bastante bellas, pero sus expresiones de desconcierto e inseguridad le mostraban una imagen rara, no cuadraban sus rostros con aquellos gestos.

Después de otro cuarto de hora, doblaron en la esquina para llegar a la calle donde se encontraban las embajadas, y a Clara le dio un vuelco el estómago. Toda la calle estaba bloqueada por carros militares, y los soldados estaban frente a ellos. El taxista frenó repentinamente y las niñas se despertaron. Sintieron que el terror los paralizaba y el chofer comprendió de golpe lo que sucedía. ¡Las mujeres buscaban asilo, estaban huyendo del gobierno!

Al darse cuenta de esto, obligó a las chicas Claps a bajarse del taxi en ese momento, dio vuelta y se alejó a toda velocidad por la avenida. Clara y sus hijas se encontraron solas, frente a un grupo de soldados armados, con órdenes estrictas de detenerlas a como diera lugar.

Todo comenzó a suceder muy rápido a partir de ese momento. Mari Gen sintió la mano de su madre apretándole el brazo, y se echaron a correr a toda velocidad por la calle. Mari Gen escuchó la orden del jefe: —¡Abra fuego! —y el pánico se apoderó de ella. Los soldados les pisaban los talones y más atrás se escuchaban los primeros disparos. La adrenalina hacía que corrieran más rápido, y lograron dar vuelta a la cuadra entera, para intentar entrar por el otro lado a la embajada.

Ya veían la puerta de la embajada mexicana, con la bandera ondeando majestuosamente sobre ella. Comenzaron a sentir una punzada de esperanza en el pecho, pero no podían aminorar el paso, al contrario, tenían que correr aún más rápido. Las estaban esperando en la entrada y estaban siendo testigos de la persecución que se estaba llevando a cabo frente a ellos.

Un soldado rozó con su mano la pierna de Regina y ésta se cayó. Clara se detuvo, levantó desesperada a su hija y pateó en la cara

al soldado, que también yacía en el suelo. Siguieron corriendo y Mari Gen escuchaba los gritos de los trabajadores de la embajada, que las animaban a seguir: —¡Ya casi, están muy cerca, no se rindan! —decían.

Dieron los últimos pasos sintiendo la libertad y la seguridad por fin al alcance de sus manos y entraron a tropezones a la embajada de México. Las recibieron con los brazos abiertos y, después de lo que les pareció una eternidad, las mujeres Claps se supieron a salvo, con un futuro mejor al que habrían tenido de quedarse en la calle, y emocionadas por lo que se avecinaba. Ahora estaban en territorio mexicano, con una vida nueva frente a ellas.

La guerra interna de la sociedad*

Alison Mirna Montero Walls

—¡Corre! ¡Corre! —era lo único que podía oír a lo lejos, además de disparos, gritos de personas y algunas frases que no lograba entender, ya que no eran dichas en mi idioma, de repente lo único que pude escuchar fue una gran explosión y caí desmayada.

Al despertar me encontraba en un pequeño hospital, en primer momento no lo supe, estaba tan confundida, no recordaba casi nada de aquel día, sólo esa última explosión. Oí que alguien decía “ha despertado”, entró una enfermera —lo intuí por su vestimenta blanca—, me dijo que me habían llevado la noche anterior después de haberme encontrado tirada en la explanada de la alameda, que no tenía nada serio y podía retirarme en cuanto lo quisiera. Me levanté y llamé a mamá, imaginé que estaría preocupada, al responder sólo dijo “por Dios, estas bien”, no me dejó decir mucho así que sólo escuché.

Al llegar a casa me dijo que empacara, que nos mudaríamos. Por mi mente pasó ir a casa de mi padre o de mi abuela, pero me aterró al oír “Colombia”, no conocía nada de ahí, no sabría ni a dónde iríamos a parar, pero a mi madre cuando se le mete una idea de ese tipo no hay quien haga que cambie de decisión, por lo cual no me quedó de otra más que tomar lo más que pude de mis cosas y despedirme de todo lo que amaba, entre ellos mis amigos y Guillermo, el chico con el que llevaba saliendo ya un par de meses; prometí volver cuando todo pasara y que estaríamos en comunicación. Me vi alejarme de mi país, al despegar el avión, con lágrimas en los ojos al recordar todo, mientras mamá explicaba que llegaríamos a una casa que habría rentado ya en Tolima, que

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

la tendría que apoyar mucho con las labores de la casa y cuidando a mi pequeña hermana Claudia, pero que no perderíamos el ciclo escolar ya que nos había inscrito en un colegio. Mi mente no captaba mucho la información porque estaba más ocupada en pensar qué pasaría y cómo podría superar esto.

Llegando a Tolima bajamos y tomamos un taxi hasta nuestra nueva casa, para mi tranquilidad hablaban español y sería un poco más fácil. Al llegar admiré mi casa, era pequeña, de color rojo, dos pisos, un poco vieja, pero por lo menos era mejor de lo que esperaba. Desempacamos y de inmediato tomé mi computadora e intenté conectarme pero no tenía señal, enfurecida aventé la computadora y me recosté, comencé a llorar hasta que el llanto me venció y me quedé dormida. Al amanecer mamá nos despertó y nos llevó a nuestro nuevo colegio, al llegar todos nos miraban extraño y hacían comentarios de mal gusto. Acompañé a Claudia a su edificio y me dirigí al mío; los chavos me veían como si fuera algo fuera de lo normal y eso me incomodaba, y las chavas me veían con odio y eso fue lo peor porque me recordó la actitud que tomé al llegar una compañera de Chile; hasta ese momento pude sentir lo que ella en ese momento, y me arrepentí tanto de haberla hecho menos y hacer que se sintiera mal.

Todo el día fue igual, suspiré al escuchar el timbre de salida, casi corrí por mi hermanita para salir de ese infierno, pero me detuvo un chico que me dijo —“tranquila, ¿te pasa algo?, ¿te sientes bien?”, a lo que respondí “sí, sólo déjame pasar”. Él me soltó y se quedó mirando cómo pasaba corriendo, llegué por mi hermana, la abracé y salimos de ahí. Ya afuera, mamá me marcó y dijo que no podría ir por nosotras, que tendríamos que llegar solas a casa, pero no sabía llegar, no tenía ni la más mínima idea, ya que todo el camino me la pase pensando en lo que estarían haciendo mis amigos. Logré ver al chico con el que había chocado en el pasillo; me acerqué, lo saludé y pedí una disculpa por lo que había sucedido. Él sólo dijo “no te preocupes, mi nombre es Ricky”. Charlamos por unos minutos y le pedí ayuda para regresar a casa, me dijo que no quedaba muy lejos y que él vivía muy cerca de ahí; además, nos podría acompañar para sentirnos más tranquilas, le agradecí y nos acompaño. Durante el camino fuimos platicando, le conté de

dónde venía y por qué estaba ahí, se portó de manera muy amable a comparación de todos los otros chicos. Cuando llegué a casa me sentí aliviada, porque por un momento pude pensar que él no nos llevaría y que nos podría pasar algo malo, pero como no tuve otra alternativa para llegar a casa tuve que confiar en él. Le agradecí y entramos a casa; mamá no tardó mucho en llegar, comimos y me retiré a mi cuarto a realizar mis actividades escolares.

El día siguiente fue igual a excepción de que en el almuerzo me encontré con Ricky y estuve con él. Me enteré de que me tenía que agregar a un deporte; me acompañó a checar el cupo y para mi desdicha sólo había en fútbol y básquetbol, para ambas era tan mala. Cuando vi que mi otra opción era tomar baile, mi alma descansó, ya que para ello sí era buena. Me dirigí al auditorio donde se reunían a la 1:00 p. m. diariamente. Me dijeron que para entrar tenía que pasar un prueba, no me preocupó mucho porque sabía el talento que tenía. Al verme la gran mayoría se enfurecieron por lo bien que lo hacía y así fue como empeoraron las cosas; día a día trataban de hacerme menos humillándome y juzgándome por las diferencias físicas que tenía en comparación a ellas: yo era de caderas muy poco amplias y delgada. Llegué a recibir malos tratos hasta de profesores que creían que sólo por ser de otro país mi intelecto era inferior, eso me enfurecía pero no me atrevía a enfrentarlo. Ricky era el único que no me trataba de esa manera y con él me sentía a gusto; un día llegó a mi casa después de la escuela, aún mamá no llegaba pero aún así lo invité a pasar, y notó que tenía problemas con la conexión a internet; me demostró el talento que ya me había comentado con los equipos electrónicos. Sólo le llevó unos minutos cuando logró adquirir navegar por la internet, de inmediato comencé en el *chat*, para ver qué había sucedido en mi país: todos mis amigos e incluso Guillermo me preguntaban cómo era, qué hacía, cómo me había ido, etc. Hablar con ellos me hizo extrañar mucho más mi vida pasada.

Durante tres meses nada cambió. Todos nos hacían menos, incluso a mi madre sólo por no ser de Tolima le disminuyeron el sueldo; para mí era frustrante el no poder quitarles esa idea de que por ser de otro país éramos diferentes e, incluso, tontos.

Llegó el día en que no pude más porque mi maestra de lengua se atrevió a decirme que no era lo suficiente competente para ser un personaje en la obra que se estaba preparando, así que estallé y dije todo lo que por meses había guardado. Fui llevada a la dirección y de ahí mandada con la psicóloga del colegio, con la que pude hablar y expresar todo lo que me sucedía. Rosa, que era el nombre de mi psicóloga, me entendió a la perfección ya que a ella, mientras estudiaba, la habían mandado a hacer servicio a mi país por casualidad y había sido tratada de igual manera que yo aquí. Me invitó a unirme a un grupo, del cual ella era parte, que trataba de disminuir el rechazo hacia la gente refugiada en otro país. Acepté con gusto y comenzamos una campaña empezando por el colegio; de ahí comenzamos a visitar diversas escuelas. Ricky nos acompañaba a todas las conferencias. De esa manera en la escuela comenzaron a cambiar su actitud hacia mí porque Rosa les hizo ver lo que se sentiría ser alguien refugiado en un país del cual desconoces todo.

Así transcurrieron un par de meses cuando mamá me dijo que podríamos regresar, que la guerra había culminado y no había más peligro; a pesar de que todo había cambiado y me sentía un poco mejor estando en Tolima, seguía anhelando regresar a mi país.

No me quedó más que volverme a despedir de todo aquello y agradecer a la gente que me había apoyado, prometiendo que seguiría con esa campaña, pero ahora en mi país, para tratar de disminuir el racismo; al igual que nunca olvidaría esta experiencia de la cual pude salir adelante y llegar a disfrutarla.

Ahora tengo 34 años y, como lo prometí, nunca dejé de llevar a cabo dicha campaña; ahora soy una de las importantes impulsoras en contra del racismo en el mundo.

Hacia lo desconocido*

Ximena Díaz Almaraz

Hoy, 7 de junio del año 1937, llega el trasatlántico *Mexique* a las costas de Veracruz, México. En él vienen 456 niños, entre ellos yo. Mi nombre es Amelia Suárez Toledo, tengo 14 años y soy originaria de Barcelona, y después de 14 días a bordo lo único que anhelo es tocar por fin tierra firme. Me he pasado noche tras noche llorando, y es que aun cuando desde el barco veo el puerto y a mucha gente esperando recibirnos, ser un refugiado no es nada fácil. He dejado atrás mi patria, mis raíces, mis recuerdos y a mi familia, que al no querer vivir bajo el mandato de Francisco Franco se habían vuelto combatientes republicanos, y lo peor es que aún seguía sin saber de ellos. Había llegado a un país que me abría sus puertas; sin embargo, seguía siendo un completo desconocido para mí y lo único que cruzaba por mi mente en ese momento era la tenebrosa y difícil pregunta “¿y ahora qué?” No estaban mis padres; no tenía dinero ni hogar ni nada. Todas mis comodidades habían desaparecido, se habían quedado en España. No sabía qué hacer. Mis padres habían construido todo lo que yo tenía en mi casa pero, sin ellos, ¿quién lo haría?

—Hemos llegado al puerto de Veracruz, tomen sus equipajes para poder descender del barco —anunció entrando por la puerta un hombre delgado y calvo con pequeñas ojeras bajo los ojos, con un acento francés.

En el barco había compartido el camarote con otras dos niñas, una de mi edad y la otra de cuatro años que había pasado todo el viaje llorando a causa del mareo, sin soltar a una muñeca de

* Cuento de la categoría de 15 a 16 años premiado con una mención honorífica.

porcelana que traía consigo a todas horas. Todas agarramos nuestras valijas listas para por fin pisar costas mexicanas. La única emocionada era nuestra pequeña compañera.

—¿Habéis oído Anabel? ¡Hemos llegado! —chilló Mónica mientras agitaba a su muñeca emocionada a la vez que daba brinquitos.

Mi compañera y yo sonreímos tristemente. ¡Cuánto hubiera dado en ese instante por tener la ingenuidad y la euforia de Mónica! Ser capaz de gritar de la emoción sin preocuparme del mañana y sentir la felicidad que poseía ella. Pero también me preguntaba si alguien se había tomado la molestia de avisarle que éstas no eran vacaciones.

—Mónica... —dije un tanto seria.

La pequeña criatura giró su frágil cabeza cubierta por una melena rizada dorada para enfocar sus ojos azules en mí.

—Dejadla Amelia —me detuvo Isabel, la última de mis compañeras de camarote. Y como si nunca hubiera pronunciado su nombre, Mónica se giró y siguió platicando con su muñeca.

—Sé que tal vez no sabe a lo que se va a enfrentar ni probablemente lo que pasó en nuestro país pero dejadla vivir en su mundo de sueños, aunque sea por hoy.

La puerta se abrió y por ella se asomó el mismo hombre de hace unos momentos.

—Daos prisa, en el puerto os esperan y vosotras no estáis listas.

Caminando por los pasillos del barco me imaginaba las escenas que había visto durante estos días: a cientos de niños corriendo entre los pasillos, azotando las puertas, gritando o riendo. Aun cuando la pena nos embargaba, todos los momentos de diversión nos hacían olvidar momentáneamente los tragos amargos. Estaba a punto de abandonar todo lo que me había relacionado con España porque una vez que hubiera pisado suelo mexicano significaría que ya no sería española y mi patria quedaría lejos.

Descendiendo del barco pude escuchar el vitoreo y los gritos de las personas que ahí estaban reunidas. De fondo se podía escuchar música, mientras la gente aplaudía y los más pequeños corrían atravesándose entre las personas. El panorama que se me presentaba me hizo relajarme y es que aun cuando habláramos el

mismo idioma la pequeña pero poderosa espina del miedo estaba presente en mi corazón. Sabía que nuestros acentos eran distintos, por lo que tenía miedo al rechazo. Pero al ver tan ferviente bienvenida y esa muestra de solidaridad, mis miedos se disiparon. ¿Era posible que siendo completamente desconocidos para ellos nos recibieran como si fuéramos viejos amigos? Mis cavilaciones fueron interrumpidas por un jaloneo en mi suéter.

—Amelia, ¿habíais visto tanta gente? Te apuesto cinco pesetas a que han venido a verme a mí —dijo Mónica orgullosamente.

Isabel, al verla tan alegre, sonrió y posó una mano sobre su hombro, mientras la pequeña sostenía con una mano a Anabel y con la otra saludaba efusivamente parada sobre las puntas de sus pies.

Tardamos tres días más en llegar a nuestro destino final: Morelia, Michoacán. Llegamos a un internado en el cual dieron la orden de que no nos llegara información de lo que estaba ocurriendo en nuestro país. Sin embargo, a escondidas estuve recolectando periódicos y en un cuadernillo que nos proporcionaron junto con nuestro material me dediqué a pegar noticias importantes. La primera que pegué fue una en la cual el presidente de México, Lázaro Cárdenas, se ofrecía a recibir a los niños españoles. Cada vez que leía esa noticia me preguntaba si él podía saber cuán agradecidos estábamos con él. Nos había aceptado en su país cuando nos habían exiliado del nuestro. Para mí era un gran acto de valentía y compromiso. La siguiente nota que pegué fue la de nuestra bienvenida y el recorrido que hicimos hasta llegar a este internado, así sucesivamente fui llenando las hojas de esa libreta con anotaciones de lo que vivía día a día ahí.

La asignación de cuartos había sido repartida por edad, por lo que ni a Isabel ni a mí nos tocó estar junto a Mónica. Sin embargo, todos los días nos buscaba en el almuerzo y un rato en la noche la acompañábamos a su cuarto. Todas las noches agarraba hojas y empezaba a crear historias mientras las dibujaba y las contaba. Sus cuentos eran siempre escuchados por su eterna compañera Anabel y algunas veces por nosotras.

En las noches cuando el día terminaba y me acostaba a reflexionar, me ponía a pensar en mis papás: ¿dónde estarían?, ¿cuándo

los vería? Siempre terminaba durmiendo con esas preguntas en mis últimos pensamientos del día.

Así pasaron los días y pronto los meses, hasta que una tarde el director Roberto Reyes nos mandó llamar a su oficina a Isabel y a mí.

—¿Nos habéis llamado señor director? —preguntó Isabel.

—Así es. Tomen asiento —indicó señalando con su mano las sillas que se encontraban enfrente de su escritorio—. Por lo que he visto en los almuerzos hay una pequeña niña que se junta mucho con ustedes, si no mal recuerdo se llama...

—Mónica —dije interrumpiéndolo abruptamente.

—Sí, Mónica —afirmó, quedándose después un rato en silencio mientras se frotaba la barbilla con los dedos—. Lo que les tengo que decir es algo muy delicado —añadió retomando la conversación el director—. Me acaban de informar que la madre de Mónica... murió en un bombardeo en Guernica.

Silencio. Un silencio incómodo y lúgubre se formó en la oficina. ¿Murió? ¿Qué? ¿Cuándo? Muchas preguntas se formulaban en mi mente pero ninguna salía por mi boca. De pronto, la imagen de esa pequeña niña llena de vitalidad y alegría llegó a mi cabeza. ¿Su madre muerta? ¡Imposible! ¡No! Movía mi cabeza de un lado a otro. Me negaba a creerlo.

Isabel y yo salimos de la oficina en silencio, ambas nos miramos y supimos que toda alegría se desvanecería si le contábamos a Mónica la verdad. No sabíamos si era lo correcto pero tal vez era mejor que siguiéramos lo que el director nos había pedido. No decirle la verdad.

Esa noche dio la terrible casualidad de que Mónica, en lugar de contarle historias a Anabel, se puso a cepillarle su cabello mientras platicaba con ella.

—Anabel, ¿creéis que pronto venga mamá por nosotras? —preguntaba felizmente Mónica—. ¡Estoy ansiosa por verla!, quiero contarle tantas cosas que he aprendido desde que llegamos.

En ese instante sentí cómo un escalofrío bajaba por mi espalda y la culpa inundaba mi corazón; sabía que Isabel se sentía igual o peor que yo, pues al verla sus siempre sonrosadas mejillas habían perdido su color y su largo y negro cabello cubría parte de su

cara. Pobre niña, tan ingenua, cepillando el cabello de su muñeca, esperando con alegría el día que su mamá viniera por ella, pero lo que ella no sabía es que ella no vendría. Me puse a pensar cuántos padres de los niños que estábamos en el internado no habrían muerto. ¿Dónde estaban los míos? ¿Seguirían vivos? Desde que había llegado aquí tampoco había recibido noticias de ellos. El ambiente se había vuelto demasiado incómodo para mí, por lo que regresé corriendo a mi cuarto. Me tiré en mi cama y comencé a llorar. ¿Por qué a mí? ¿Por qué había sido yo la que tenía que pasar por esto? Nunca en mis 14 años lo había visto venir, yo creo que nadie estaría preparado para esto, para dejar su país, su familia, sus pertenencias, todo. A pesar de que ésta no era una situación agradable, sentí que había corrido con un poco de suerte. Al llegar aquí no tuve que aprender otro idioma, en ese aspecto las cosas fueron más fáciles. No me imaginaba qué hubiera hecho si me hubieran mandado a Brasil, a Estados Unidos, a otros países en los que no hablaran mi idioma. La angustia volvió a surgir de mi interior. Me volví a sentir sola como desde el inicio pero, al ver en dónde me encontraba, recordé que no estaba sola: había llegado a un país que me abría sus puertas, que me permitía convivir con sus habitantes y que me dejaba ser parte de su sociedad.

Mis padres nunca vinieron por mí. Nunca me enteré de qué fue lo que sucedió con ellos. En septiembre de 1939, 167 niños habían dejado la escuela, algunos habían sido entregados a sus familiares, otros habían sido adoptados y otros más nos quedamos aquí. Sin embargo, crecí al lado de Mónica e Isabel y seguí pensando en que no estaba sola, en que ya era parte de este país y que él no me exiliaría nunca. Con los años formé una nueva y linda familia en México, compuesta por mi esposo, mis hijos y mis nietos. Tuve un negocio que me ayudó a salir adelante y una paz que no cambiaría por nada en el mundo.

—Abuelita, ¿nunca pensaste en regresar a vivir a España? —escuché una dulce voz desde abajo.

Salí de mis recuerdos, mientras cerraba el libro que tenía sobre mi regazo; el libro que me había acompañado durante toda mi nueva vida. Aquel en el que había anotado día tras día lo que vivía y en el que aún conservaba la historia de mi país.

—No —contesté—. Sólo regresé para saber algo sobre mis padres y de la familia que aún tengo allá.

—¿Por qué no abuelita? —preguntó nuevamente mi nieto.

—Con el tiempo me di cuenta de que de donde siempre serían mis raíces sería de España, pero donde está mi hogar, mi familia y felicidad, sería aquí, en México. El país que me abrió los brazos cuando más lo necesité, que me brindó todo y en el cual ya no me sentí como una refugiada, y es al que amo y estoy orgullosa de él.

Melodía de libertad*

Jorge Lazo

Una noche despejada de verano con estrellas centellantes como únicas testigos de lo que está por suceder; un sosiego excepcionalmente perturbador, preludio de una tormenta de fuego y violencia que acontecerá; quietud perturbada por el tintinear del timbre de una casa, sueño interrumpido, incertidumbre. El señor de la casa se levanta para ver quién llama; no hay problema, es un amigo; hay una rápida explicación y no hay tiempo que perder, deben de despertar a todos y salir pero lo primero ya no es necesario pues esta visita de media noche ya ha despertado a todos en esa casa y subconscientemente ya saben que algo pasa o creen saberlo. No hay necesidad de justificaciones, están listos. Un auto de un *garaje* en una casa en los suburbios sale velozmente pero con sigilo.

Suena otra vez el timbre de aquella casa en los suburbios pero nadie abre, seis individuos irrumpen agresivamente sólo para darse cuenta de que está vacía y regresar a la camioneta que estropea el jardín de la casa. Hay fuego, hay pánico, una familia trata de escapar, sollozos, desorden, una sensación sofocante envuelve todo hasta que repentinamente todo se desvanece. De las tinieblas aparece un muro, el muro de una habitación, mi habitación, todo fue una pesadilla.

Hacia algunos días que el mismo sueño me molestaba, creía que mucho tiempo atrás había sepultado esos recuerdos que me asaltaban por la noche, pero en este momento parecía que resurgían con más fuerza en mi memoria, quería creer que la causa de esto tal vez era la presión por el concurso para el que sólo faltaban dos semanas; no importaba cuál fuera, ya no podría dormir el

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

resto de la noche así que me levanté con la intención de tocar un poco el piano y así tranquilizarme, además de practicar un poco para el certamen. El sol reaparecía por el horizonte y yo volvía a tener sueño después de haber interpretado a compositores desde el clasicismo, el romanticismo, hasta el modernismo y algunos contemporáneos sin interrupciones más que por mi madre que al escuchar el sonido del piano se levantó para ver que ocurría; pero ya era hora de prepararse para el colegio, así que tendría que combatir esa fatiga y cansancio con una taza de café.

A las siete de la mañana estaba en ese lugar que la mayoría de los jóvenes detestan; si bien a mí no me molestaba tampoco me agradaba, pensaba que muchos de los conocimientos que ahí adquiriría eran en vano pues se me olvidarían pasados algunos años y probablemente nunca haría uso de ellos, figuraba mi futuro en la música. Después de las 11:00, en clase de cálculo no pude más y mientras el profesor explicaba sobre límites de funciones, algunos de mis compañeros lanzaban bolitas de papel de un extremo a otro del salón y otros garabateaban sus libretas con dibujos o notitas, sin darme cuenta terminé acurrucado sobre mi libro con la cara oculta entre mis brazos.

Había una carretera completamente oscura y desierta, la única luz que se vislumbraba era la de los faros de un automóvil que viajaba rápidamente por ella, sentía palpar mi corazón velozmente, como si fuera el de otras tres personas o tal vez si era el de tres; me encontraba en la parte trasera del auto junto a mi madre que me abrazaba fuertemente con un brazo y con el otro a mi hermana, mientras que mi abuelo me tomaba por el otro brazo. Pronto se divisaron luces en aquella inmensa penumbra, el aeropuerto estaba cerca, todo parecía salir de acuerdo al plan hasta que el auto frenó bruscamente y los pasajeros de la parte trasera casi nos estrellamos con los asientos delanteros.

—¿Qué pasó Alberto?, ¿viste algo? —preguntó el amigo de mi padre, pero él no respondió y quedó con la mirada fija al frente mientras todos nos reincorporábamos a nuestros asientos después de la sacudida.

—Salgan del vehículo —profirió una voz imponente y feroz desde la oscuridad.

Nadie hizo caso a la orden y se escucharon el sonido de pasos pesados aproximándose por el frente. —¡Demonios! En la mañana no estaba vigilada esta entrada —dijo aquel que nos había despertado sorpresivamente a media noche.

—¿Qué vamos a hacer Alberto? —preguntó mi madre con desesperación abrazándonos más fuerte. Después de unos segundos mi padre reaccionó.

—Quédense aquí y agáchense, probablemente a ustedes no los han visto, David y yo bajaremos a ver qué sucede —abrieron las puertas pausadamente y antes de que salieran David se giró hacia mi madre, le dio un sobre y le dijo rápidamente:

—Toma, son los boletos, si no regresamos rápido bajen del auto y diríjanse hacia el aeropuerto sin usar el camino, nosotros los alcanzaremos.

Mi padre apagó la luz de los faros y una vez que ambos estuvieron afuera se dirigieron a donde había venido la orden y el sonido de los pasos antes de que llegaran al auto. Otra vez todo quedó en silencio, tratábamos de agudizar nuestro oído para poder percibir algo de lo que pasaba algunos metros adelante pero fue en vano. Estábamos encogidos, envueltos por la lobreguez e incertidumbre; hubiera preferido que ese silencio durase eternamente pero no fue así, tras unos minutos estando en esa posición, se escuchó el ruido más horripilante que jamás olvidaré, una ráfaga de explosiones penetraron por mis oídos haciendo añicos mi esperanza de que todo estaría bien, sentía como si en ese momento una parte invisible de mí se desprendiera de mi cuerpo y mi estómago se contraía a la vez que sentía cómo los brazos de mi madre me apretaban con más fuerza mientras ella ahogaba un grito. Por un segundo el tiempo pareció haberse detenido, que todo había acabado, y así hubiera sido pero mi abuelo reaccionó; rápidamente abrió la puerta y me sacó junto con él del carro, y después ayudó a salir a mi madre y mi hermana, quien apenas podía contener los sollozos consolados por mi madre que intentaba reprimir sus lágrimas. En la huida todo parecía húmedo y borroso, estaba llorando.

Desperté sobresaltado ante una ligera sacudida. Olga, una chica que se sentaba en el pupitre de enfrente, me había despertado.

—¿Estás bien Danny? Es que creo que te escuché llorando.

—Sí, creo que me quedé dormido y tuve una pesadilla.

—Ahora entiendo, pensé que estabas llorando; bueno, de todos modos si no te despierto te quedas dormido y no entras a clase de deportes —se dibujó una leve sonrisa en la cara de aquella chica, tomó sus cosas y salió del salón.

Al parecer el profesor se había dado por vencido el día de hoy y había decidido terminar la clase un poco antes, mientras que mis compañeros seguían en sus asuntos.

Como de costumbre, al acabar las clases me dirigí a la escuela de música, desviaba un poco mi camino y cruzaba los viveros, pues me agradaba sentirme en contacto con la naturaleza; además, mi mente se relajaba y quería olvidar lo que había estado soñando últimamente. Era realmente extraño, pues no tenía muchos recuerdos de mi padre, y en los pocos que aparecía quería olvidarlos, por más que intentaba sólo tenía de recuerdo fotos y las anécdotas que me contaban de él. Funcionó, caminaba por una vereda rodeada de abetos cuando al poco rato en mi cabeza solamente resonaba un preludio en re mayor sostenido de Chopin.

Pese a todo mi esfuerzo por mantenerme distraído los siguientes días con las clases, los ensayos de piano y las tareas, las pesadillas aún seguían repitiéndose. Ya no podía mentirme más, no era el concurso lo que me ponía así, era el lugar donde sería; tener que regresar a aquel país del que una vez salí junto con una parte de mi familia y donde también había dejado otra parte, y pese a que ya llevaba más años viviendo en México que en el país de mi infancia y los sucesos habían sido hace mucho, no podía evitar sentir miedo.

Faltando menos de cinco días ya no podía estar atento en clases, me dirigí a la enfermería y fingí malestar para que me dejaran salir. Ya una vez afuera deambulé por las calles hasta llegar a un parque; ahí me senté en una banca y me quedé mirando a un grupo de niños que jugaba en las resbaladillas y el sube y baja. Eso me recordó cuando llegué hacía bastante tiempo, mis primos a quienes nunca antes había visto pero fueron amigables conmigo, la familia de mi madre que nos acogió y nos apoyó en todo momento para superar la pérdida de mi padre y de mi abuelo; una sonrisa se dibujó en mi cara. Proseguí mi caminata sin dirección que me llevó a un centro comercial, fui por un soda y me senté a

leer algo de Cortázar que traía en la mochila; terminada mi soda y avanzados algunos capítulos me dispuse a irme cuando me topé con un grupo de compañeros de mi escuela que al parecer se habían ido de pinta, entre ellos se encontraba Olga quien, al verme, hizo un movimiento de brazo para saludarme. Me acerqué

—¡Danny!, qué sorpresa, ¿también te saliste de la escuela? —preguntó con una sonrisa de complicidad en su cara.

—Sí —le respondí al tiempo que le devolvía la sonrisa—. ¿Quién estaría adentro de ese lugar en un día tan agradable como éste?

—Claro, y... ¿estás solo?, ¿no quieres acompañarnos?

—No gracias, estaba a punto de ir a los ensayos de piano, ahora son más duros y empiezan más temprano.

—¡Ah!, es cierto. Tu concurso ya es en pocos días.

—Sí, salgo el próximo lunes.

—Bueno... ¡que tengas mucho éxito en tu concurso!

—¡Gracias! Nos vemos.

Me despedí y salí del centro comercial, mientras recordaba a la gente que conocí cuando llegamos. Realmente todos habían sido amigables y no me había costado trabajo hacer amigos, aunque en este momento me encontraba perdido y desentendido.

El día de la partida salimos temprano al aeropuerto, me fue a dejar mi madre y mi hermana quienes me alcanzarían después en otro vuelo. Sería el único de los cuatro seleccionados que iríamos al que su familia lo acompañaría, pero nadie tenía una historia y una razón como la mía para hacer esto. Los profesores estuvieron discutiendo sobre el itinerario a partir de la llegada, Ana y Diego se la pasaron platicando la mayor parte del vuelo, Óscar quedó dormido después de algunas horas y yo lo seguí cuando perdí el hilo de la conversación entre los otros dos.

Nos alejábamos del camino, había una pendiente no muy inclinada por la que bajamos rápidamente, prácticamente rodando, seguimos a ciegas sin perder de vista las luces hacia donde nos dirigíamos, iba agarrado de la mano de mi abuelo y a cada paso tropezaba; el camino era accidentado, estaba lleno de arbustos y rocas, no podía más, mis rodillas estaban arañadas y lastimadas y un terrible dolor me invadía completamente desde lo más profundo mi cuerpo.

Por fin llegamos. Una vez adentro, nos dirigimos a la sala de espera, no quedaba mucho tiempo antes de que saliera nuestro vuelo. Para nuestra sorpresa, la entrada para abordar estaba vigilada también por soldados, no lo podíamos creer, nos quedamos paralizados.

—Continuemos Martha —le dijo mi abuelo a mi madre mientras colocaba una mano en su hombro—, entra tú primero con los niños, toma tus boletos, yo los seguiré —parecía que sabía que algo iba a pasar y se preparaba para afrontarlo.

Nos dirigimos rumbo a la puerta de abordaje, revisaron los boletos y las identificaciones, el oficial nos dirigió una mirada indagatoria y después nos dejó pasar. Estábamos caminando por el pasillo cuando regresé la mirada hacia atrás y me percaté que mi abuelo no estaba; fijé mi mirada más atrás, en la entrada del pasillo estaba mi abuelo, no lo dejaban pasar, simultáneamente aparecieron dos oficiales a cada lado de él y lo apresaron.

Me desperté de un golpe y con la respiración agitada. Estábamos llegando, me había tocado el asiento de la ventana, no podía dejar de mirar por ella esperando divisar aquel país de mi niñez sin realmente saber qué es lo que esperaba encontrar o si quería recordar algo.

Nos acomodamos en un hotel en el centro de la ciudad, caminamos un rato por los alrededores antes de que anocheciera y, después, regresamos para descansar y estar listos pero otra vez no pude dormir.

El día del concurso la mañana transcurrió deprisa. Todo parecía tan irreal, estar de vuelta en esas calles que probablemente en el pasado había recorrido y ahora no recordaba, los lugares a los que había concurrido, la gente que había conocido; significaba tanto y a la vez nada, era una extraña sensación como de pérdida, era un extranjero en el lugar donde había nacido, nada me traía recuerdos, sólo el camino que habíamos recorrido al salir del aeropuerto pero realmente no quería evocar esas memorias.

El ensayo empezó sin grandes pormenores hasta que fue mi turno: estaba frente al teclado a la mitad de mi interpretación, las notas fluían vívidamente, mis dedos recorrían el teclado de manera tan ligera, tan exacta, casi mecánicamente pero de una

manera tan natural que no se podía imaginar la complejidad que realmente tenía aquella composición, cuando sentí cómo mi memoria era asaltada por una afluencia incontenible de recuerdos de mi infancia al ritmo de las notas y mientras la sala se llenaba de la armoniosa melodía mi cabeza se colmaba de imágenes, sensaciones y remembranzas de mi pasado.

La música se detuvo. Mis dedos estaban quietos. Regresaba a la sala de conciertos después de este asalto a mi memoria. Estuve quieto por un momento hasta que recobré el sentido de lo que había pasado, me levanté y salí corriendo. Algunos trataron de ir detrás de mí, pero fue en vano, no me iba a detener. Debieron suponer que mi comportamiento se debía a los nervios del concurso, pero ellos no tenían ni la más remota idea de lo que era ni la forma en que me afectaba el hecho de estar aquí.

Tomé un taxi rumbo al único lugar que había recordado: el camino de mis pesadillas. Tenía la necesidad de seguir recordando, de traer a mi memoria todos aquellos buenos momentos que creía olvidados. Me bajé donde empezaba una zona residencial de avenidas arboladas con camellones y casas amplias, no tenía idea a dónde me dirigía, sólo quería caminar y tratar de revivir más recuerdos agradables de mi niñez, quería sacar el pasado de los muros de la casas, del césped y las flores de los jardines, del cielo; quería encontrar la respuesta de por qué esto había pasado, con cada aroma, cada sonido, cada imagen que percibía intentaba analizarla para que mi mente me mostrara más recuerdos donde yo vivía feliz con toda mi familia junta, no es que no fuera feliz con mi hermana y mi madre pero quería recordar lo que se sentía tener un padre y un abuelo de quien, al parecer, había heredado la habilidad para la música.

Al doblar una esquina mi vista se percató de algo que me dejó pasmado: era la casa que aparecía en mis sueños. Me acerqué lentamente y me asomé: era un poco diferente, con algunos cambios y pintada de diferente color, pero estaba seguro que era la misma. Por segunda ocasión los recuerdos asaltaron mi memoria.

Había una familia feliz compuesta por cinco miembros: dos niños, el padre, la madre y el abuelo. Había días soleados en el parque en los que los niños jugaban con su padre, fiestas de

cumpleaños, amigos, paseos juntos, el abuelo tocaba el chelo, a los niños les gustaba escucharlo, a veces eran arrullados con sus dulces y suaves melodías, otras les contaba historias al ritmo de la música. Eran días de bienestar, no había preocupaciones, todos eran tan alegres. Una gran sonrisa se dibujó en mi cara, abrí los ojos, estaba sentado junto a un roble enfrente de la casa.

Volví a la realidad, al presente. Me sentía solo, no porque estuviera perdido a la mitad de una calle en una ciudad que no conocía; era porque había recordado la calidez y la tranquilidad de aquellos días con las personas que amaba y había perdido y que ya no volverían. Estaba enojado, furioso, era tan injusto que le hubiera pasado esto a mi familia; lágrimas se escurrían por mis mejillas, esta vez eran de enojo. Golpeé con rabia el roble que estaba a mi lado hasta que escuché el ruido de un vehículo que se aproximaba. Al final de la calle apareció una camioneta que se acercaba, me quedé petrificado, quería correr pero mis piernas me lo impedían; la camioneta se detuvo, creo que dejé de respirar hasta que se abrió la puerta y de ella apareció mi madre junto con uno de mis profesores de piano. Recuperé la movilidad, mi madre corrió a abrazarme fuertemente, entendía lo que estaba pasando, no le sorprendió que hubiera dado con el lugar después de tantos años. Me sentía a salvo; ahí estaba mi madre para protegerme y cuidarme, así como mi padre y mi abuelo lo habían hecho y se habían sacrificado para que nosotros siguiéramos a salvo y en tranquilidad.

Regresamos a la sala de conciertos, me sentía tranquilo, sabía que aunque aquellas dos personas que tanto quería no estarían presentes, habían hecho demasiado para que yo me encontrara aquí, habían ensamblado una sinfonía, una bella melodía para que mi familia viviera en libertad. En mi mente imaginaba que se encontraban sentados entre el público, escuchando cómo empezaban a vibrar con ímpetu las cuerdas del piano ante el ágil movimiento de mis dedos y la sala se inundaba con la magia y belleza de las enérgicas y melódicas notas de la sonata que anunciaba cómo el amanecer desvanecía mis pesadillas y empezaba un nuevo día para mí, una nueva etapa de mi vida.

Peces pescados*

Luis Eder Bayuelo González

Ya no veía la playa. Las luces de la ciudad quedaban lejanas a la vista y al tiempo. De los años pasados no quedaba nada, sólo la lancha y recuerdos confusos, borrosos.

Salir de aquel lugar era como un bálsamo, como soñar despierto, saberte vivo y sonreír. Nada cambiaría por este momento.

Ser libre y sin algo o alguien que controlara todo de su ser era como ver el cielo y notar que siempre es azul, excepto cuando anochece o está nublado. Era como pensar en ese baboso fluido que dejan los caracoles al avanzar o en la cruda sonrisa de la luna en su menguante o creciente, dependiendo del punto de vista del observador.

Pero ya pasada la euforia de la no despedida, la corredera y el lanzarse a la lancha, comenzó a pensar en que sí habría algo por lo cual cambiar el bello momento del escape: llegar. Llegar a su destino –¿cuál destino?– desde ahora era lo que más anhelaba.

Sentirse solo, helado y con hambre, no era el mejor inicio para un viaje por mar, por oscuridad, cada vez más profunda. Lo que puede consolar a un ser perdido en medio de las aguas turbulentas, metido sobre una lancha de madera, es aquel dicho que canta que entre más oscurece es porque más pronto va a amanecer.

Y después de las divagaciones, de tanto pensar y pensar, se puso a remar. No supo hacia qué dirección, pero no le interesaba. Ni siquiera tomó su reloj; en ese lugar al que iba el tiempo no existía, sólo se iba y llegaba felizmente, sin pensar en el futuro, porque de sólo llegar se tenía asegurado, o eso le habían contado.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 17 a 18 años.

No llevaba muchas provisiones, sólo unas cuantas piezas de pan, unos cuantos litros de agua potable, unos cuantos de esto, unos cuantos de lo otro; en fin, no llevaba la gran cosa, al fin que allá se llegaba en un santiamén, o eso le habían contado.

Pero, y cuánto vale un santiamén, se preguntaba. Pueden ser unos cuantos días, dos semanas, diez meses o hasta... no, pero si sólo trae unas cuantas provisiones, entonces su santiamén tenía que durar sólo unos cuantos días.

Así transcurrió esa noche. Divagando. Pensando. Alucinando. En el limbo. A cada segundo se le ocurría la otra cosa que dejó olvidada, abandonada; la brújula, así sabría a dónde dirigirse; el libro, para entretenerse cuando la corriente lo jalaba; jabón, para lavarse un poco. Por qué no pensó antes en esto, se preguntaba. Las respuestas eran sencillas. Por la prisa, por la emoción, por el miedo, por lo que sea.

Por qué no se llevó el endemoniado termómetro, así lograría saber si estaba con fiebre o si su cerebro le estaba jugando una muy mala pasada. Pensar tanto no era lo suyo. Nunca había tenido motivos suficientes para pensar. Nunca tuvo que pensar. Nunca le fue concedido el permiso para pensar.

¿El olor era a pescado o a peces? Da igual, vivos o muertos apestan a lo mismo. Amanecía ya -¿tan pronto?-. Buscó el sol para guiarse, para encontrar el punto de referencia universal; el Este. Aunque sea un rayito de sol, aunque sea el resplandecer del agua, aunque sea algo, gritó. Ni las aves graznaron, ni el sol se asomó, ni el agua se movió. Sacudió los remos y comenzó a temblar. De frío será, se preguntó; de fiebre o de miedo tal vez.

El escape fue bien arreglado; si no con tiempo, sí con ganas y dinero también. Buenos planos, calles y mapas de la ciudad trazados para evitar los retenes y los perros guardianes. La maletita de viaje lista con unas cuantas provisiones de unas cuantas cosas. Casi todo bien solucionado excepto una cosa, no sabía si la más importante o la de más valor en ese momento, no lo sabía ni él mismo, pero de que no la planeó, no la planeó. Por su cabeza rondaba esa pregunta que no se podía sacar, o más bien se rehusaba a responder: pues no, no había pensado qué hacer al llegar a aquel otro lugar. Con quién iría, se preguntaba; con

quién dormiría, dónde dormiría, cómo dormiría y las mismas cuestiones hechas para el verbo comer, y también para el verbo vivir. Cómo viviría, la pregunta de los 64 mil -¿64 mil qué?-. Pero, por qué pensar en el futuro si había que pensar en el presente. Ya después podría soñar con la nueva vida, los nuevos recursos, la nueva cama, la nueva compañía, las nuevas costumbres, la nueva comida, la nueva cultura, el nuevo idioma -porque en aquel lugar hablaban un idioma distinto al suyo, ¿o no?

Dormir en medio del mar no era opción, no quería imaginarse ser destrozado por algún ser acuático que pasara por ahí y que no se le ocurriera otra cosa más que brincar sobre la lancha para atacar lo que fuera que se encontrara, listo para ser destazado y engullido... No, los monstruos de agua no piensan tanto. No supo si se durmió o no. En ese letargo, su vida se convirtió en un cúmulo de imágenes borrosas; olor a peces o a pescado, da igual; la neblina acariciando sus mejillas; el calor del sol invisible que templaba su rostro y los no recuerdos del no bien abandonado lugar en un ya pasado lejano.

Al levantar la cabeza notó que aún le dolía la cabeza y el cuerpo, pero siguió avanzando. Caminó y caminó por grandes calles, mucho más grandes de lo que se las imaginaba, o se las habían contado. Ya no olía a peces; ya no le importaba si eran peces o pescados. Sentía una felicidad inmensa por haber llegado -¿a dónde?-. Quería correr, gritar o abrazar a alguien. Quería ser parte de un algo, lo que fuera.

En la vida, las circunstancias no siempre son las más favorables. Siempre hay alguien mejor que tú. El otro es más alto, más fuerte. Hay cosas bastante extrañas. Por qué el mar se refleja azul, por qué el cielo también, por qué nadie puede tocar las estrellas, por qué las aves vuelan... por qué demonios los peces-pescados apestan tanto y tan igual. Por qué ese alguien al que quieres abrazar nunca está, se preguntaba.

Y es que por más que caminara, nunca halló a nadie. Ni en las plazas ni en los parques ni en las casas. Por qué estaba solo -se decía angustiado-. Por qué nadie corre a darme la bienvenida, como se merece todo aquel que viaja tantas millas náuticas para encontrar la tierra prometida. Cómo era posible que nadie se

acercara siquiera a darle el enhorabuena. Respiró hondo, suspiró pues, pero las lágrimas no brotaron de sus ojos. Estaban secos. No podía llorar. No podía hablar. Sus labios estaban cosidos el uno al otro. Se sentía atado.

Sus brazos no podían ser manipulados y sus piernas le temblaban gelatinosamente. Su corazón ya no latía y el cerebro dejaba de procesar su información. Los recuerdos y también los no recuerdos se borraban uno por uno de su mente y él los veía pasar, uno tras otro, cual ferrocarril con el viento a favor.

Quiso gritar pero ningún sonido salió emitido por su garganta. No pudo sentir esa deliciosa vibración de las cuerdas vocales, cuales pequeñas guitarras, que forman sonidos hermosos que los seres acomodan y armonizan para su comunicación. Pero la comunicación es entre dos o más personas y él estaba solo.

La impotencia no lo dejaba pensar. Dónde estaba, cómo había llegado, estaba vivo quizás, eran las preguntas vagas entre las más vagas que pudo captar de la lluvia, o más bien tormenta, que fluía en su interior. La cabeza le daba vueltas, sentía un golpe persistente en la parte superior del cráneo y eso lo hacía sentir que explotaba. Se preguntaba si las cabezas podían explotar, pero no podía o no quería o no debía imaginárselo. Otro golpe y otro golpe y otro golpe. Empezaba a considerar la idea de hacer explotar su cabeza...

Por qué apesta tanto a pescado-peces, volvió a preguntar. La brisa de la costa bañaba su cuerpo. No sentía las puntas de los dedos de los pies. Dónde habían quedado las calles y la gente desaparecida. Acaso su cerebro no lo podía dejar en paz un momento, gritó aterradoramente; la roca seguía rebotando en su cabeza y le había causado una herida no muy grande, no muy pequeña. Sangraba. El líquido vital resbalaba en su cuero cabelludo y le pintaba la cara de rojo. Se agachó a tomar un poco de agua entre sus manos, pero se le escurría entre los dedos. Se asomó hacia abajo para intentarlo de nuevo, pero se cayó de la cama.

En el suelo se revolvió entre las sábanas, no quería que los monstruos del mar olieran su sangre y nadaran hasta él con furia para devorar su cabeza. Aunque, pensó luego, los monstruos del mar habitan, precisamente, en el mar. Y él se hallaba luchando

contra tres pedazos de tela rectangulares que, por cierto, lo estaban venciendo.

Se detuvo. Un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo semidesnudo y un pulsazo en la parte superior de la cabeza le indicó que seguía con vida. En el suelo. Pero ya no olía a pescado, se dijo. Era un muy buen punto a favor. La voz entró.

—Al fin despierta —le dijo con tono dulce—. Le traje algo de comer y beber —le sorprendía que hablara su idioma—. Muchos como usted llegan en esta época del año, así que más tarde conocerá a los demás. Puede estar con nosotros el tiempo que guste hasta que se recupere y después se va a buscar su vida. Si camina hacia el Norte, llega a la ciudad; allá encuentra lo que quiera. No se preocupe por los gastos, que de eso nos encargamos nosotros. Lo que importa es bajarle esa fiebre, hace dos semanas que llegó y *nomás* no le baja. Coma, no haga preguntas y vuelva a dormir...

El sueño. Combatiente, casi invencible. Sólo una cosa lo puede derrotar y eso es el insomnio. Afortunada o desafortunadamente para él, el insomnio nunca llegó y tuvo que dormirse en seguida. Morfeo lo venció con sólo arrullarlo entre sus brazos.

Por la mañana, las imágenes de colores y el dolor en sus párpados fueron sustituidos por un leve zumbido en los oídos, que no le molestaba —de hecho lo disfrutaba—. Bajó las escaleras metálicas hasta una sala de estar relativamente cómoda. Ahí se encontró con muchas más personas en condiciones deplorables, pero todas con un brillo impresionante en los ojos. Esperanza, alegría, emoción, dicha, fortuna, incertidumbre, preocupación, nostalgia, extrañeza, dolor, hambre, sueño, cansancio, más esperanza y, sobre todo, ganas de salir adelante de esa horrible situación.

Y qué sigue ahora, se preguntó todas las noches de las últimas dos semanas que estuvo recuperándose de aquel incesante dolor. Ir al Norte quizás, como dijo la voz, le cuestionaba el reflejo maltrecho en el espejo. Las ciudades siempre tenían, tienen y tendrán lo mejor de lo mejor. Y él, pues, no tenía nada. El que no arriesga no gana, se dijo.

Así que partió. Despidiéndose de sus salvadores y amables benefactores, desconocidos y anónimos, que lo apoyaron así como apoyan a miles de personas que encuentran desmayadas a la orilla

del mar, las lágrimas brotaron. Es casi incomprensible cómo funciona la mente. Una sonrisa, un beso o una simple despedida, rompen el corazón más duro de quebrar, el valor más fuerte de doblar o el alma más fría para amar. No cabe duda de que el más grande sentimiento es el amor. Y no está de más comentar que el amor lo puede todo. Pero sí hace falta añadir que el amor reinventa todo.

Y así, con su ropa en un pañuelo atado a la punta de un palo, partió. Partió hacia un rumbo desconocido, con gente desconocida y una lista innumerable de más cosas desconocidas, que ni los mismos seres habitantes de la gran ciudad podrían nunca conocer, pero con una enorme ilusión que, podemos asegurar, no era infundada y mucho menos podía ser falsa, puesto que los grandes corazones, con grandes esperanzas de la mano, logran cosas infinitas, imposibles y magníficas, de las cuales no se encuentran dos ni en los más célebres y adulados libros.

Su futuro en ese nuevo país quedaba a expensas de sí mismo. El futuro no lo iba a encontrar a él así como se lo habían contado. No. Él iba a perseguir sus sueños, su vida, su futuro, sus alcances. Él y sólo él iba a encontrar la mejor manera de sobrevivir y de salir adelante. Los sueños de un hombre sólo pueden ser arrebatados y destruidos por ese mismo hombre.

Y del viaje ya pasado -y de la vida pasada- no queda nada, se dice mientras atraviesa la plaza del pueblo. Del viaje ya librado, sólo anécdotas se pueden contar. Del viaje que viene mucho se puede crear. Su porvenir estaba en sus manos. Un sinfín de obstáculos vendrán, pero si alcanza a librar a los depredadores del mar, este pez nunca pescado será.

Respirar así bajito*

Rafael Ramírez Eudave

*... adelante, salgamos
del río sofocante
en que con otros peces navegamos
desde el alba a la noche migratoria
y ahora en este espacio descubierto
volemós a la pura soledad.*

Futuro es espacio
PABLO NERUDA

14 de enero

—Ya está decidido y sólo tenemos que esperar la señal. Estaremos a salvo mientras pasemos desapercibidos —dijo papá.

Estricto orden: ningún ruido, ninguna expedición más allá de los ladrillos que han sido el límite de nuestro mundo desde que no podemos ser vistos por los hombres de azul. Cualquier movimiento en falso puede poner en riesgo a todos. Ella calla y mira hacia el suelo, al borde del llanto. Sólo trajo el anillo que le quitó al cuerpo de su hermano y un prendedor de plata. A pesar de que tiene mi edad el encierro parece haberla envejecido muchos años. No tengo espejo, quizá hemos envejecido todos aquí mientras el mundo se cae allá afuera. Hoy, cuando fui a buscar agua al sótano inundado encontré una botella a medias de licor. Mi padre lo ha usado para lavar la herida de mi abuelo, pero todos sabemos que es cuestión de tiempo, tanto como esperar la señal. En cuanto sea momento, escaparemos.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

16 de enero

A riesgo de ser visto, mi padre salió a buscar comida. La poca que había se infestó de ratas, algunas con signos de rabia. Somos dos familias solamente; a mis amigos los puedo contar como mis hermanos desde que los suyos desaparecieron en las purgas. Cuando llegamos a este lugar aún los vidrios vibraban cuando el bajo cielo era desgarrado por los aviones con sus ráfagas silbantes, pero ahora todo se lo tragó un silencio extraño, como cuando chocan dos automóviles con gran estruendo para después reposar absolutamente.

Mi padre regresó con apenas unas pocas latas dobladas y una noticia. La señal está lista: somos los próximos. Dijo que recogeríamos nuestras cosas –se refería exclusivamente a la otra familia; mis padres no trajeron nada y este cuaderno lo encontré aquí– y se fue a buscar agua con mi abuelo. Mi abuelo no regresó. Nadie hizo preguntas, sólo apuramos nuestra ración de agua.

19 de enero

Faltan dos días más para salir de la zona de sitio. Apenas hoy alcanzamos la otra boca del túnel. El metro dejó de funcionar casi desde el inicio de todo, pero era resguardado fuertemente desde dentro. Esperamos pacientemente el momento para internarnos en los túneles. En el camino encontramos a otro grupo y nos unimos para ir de cerca.

Una de las mujeres del otro grupo está enferma y tose escupitajos sanguinolentos que me hacen sentir frío en la nuca. Después de haber visto tanto es increíble que me conmueva ver cómo se le va la vida en esos salivazos sucios.

Encontramos trenes detenidos y con las puertas abiertas. Allí dormimos un poco, arrebujados unos contra otros para distraer el frío de las paredes de piedras. Para no perdernos, nos tomamos de las manos. Su piel era tal como la imaginé, un poco áspera y fría, como el contacto con algún extraño metal.

Nunca habla, sólo se acerca. Cualquiera diría que es una actuación sincronizada a la perfección. Cuando dormí junto a ella escuché que repetía un nombre. Seguramente el de su hermano. Mi padre y un anciano están discutiendo en voz baja sobre qué

rumbo tomar en cuanto anochezca y podamos salir del túnel. Parece ser que esta zona ya está libre de retenes, pero precipitarse ahora sería tanto o más riesgoso que haberlo hecho desde el principio. Los otros que encontramos en el camino son cuatro, pero eran más al inicio. En los túneles secundarios, dicen, empiezan a proliferar animales rabiosos.

Me he acercado a ella mientras el resto dormía tanto como podía después de caminar horas. Tomó el cuaderno y escribió con mi bolígrafo un largo rato, después desprendió la hoja y se la guardó en la gabardina. Cuando me devolvió la libreta rocé sus manos de nuevo y me abrazó. Nos mantuvimos así largo rato. Lloro en silencio, como si tuviera miedo de hacerlo con la libertad que exige su corazón. Lloro y se esconde en mi pecho, a pesar de que aquí la oscuridad ya es casi total.

20 de enero

Tal como esperaba el anciano, la zona está libre de los azules. Hay un olor a querosén quemado y a putrefacción. Sin embargo, nos equivocamos en nuestro camino: creíamos haber salido por el sur, pero en algún punto desviamos la ruta y ahora nos encontramos a unos cinco kilómetros de donde esperábamos. No es problema, dice mi padre, aún podemos llegar.

Descansamos por hoy en un teatro medio derruido. En un camerino encontramos ropa, dinero, linternas y un piano con una pata rota, descansando como animal herido. Me he entretenido un poco pulsando las cuerdas con los dedos: me recuerdan cierta canción que hablaba de abrazar el mar hasta quedar dormido en el fondo. Mi madre llora. Desde que cayeron los demás parece haber perdido las ganas de continuar. Se mueve porque le decimos que lo haga, pero estoy seguro de que podría quedarse sentada en cualquier sitio, esperando la muerte, para que viera en sus ojos el vacío de los hijos muertos.

A lo lejos se oyen algunas metrallas con un estribillo sordo. Los nuevos vaticinan que es el fin: los azules tienen tomado el centro y ya no necesitan armas, sólo muertos. Vienen buscando la estación de trenes del sur, en donde todos sabemos que todavía se puede escapar, suponiendo que no han huido también ellos. Mi padre

tiene amigos del otro lado de la frontera y habla su idioma. Está seguro que una vez que nos encontremos de su lado podremos estar a salvo.

Por primera vez en mucho tiempo hemos tenido las lámparas encendidas por la noche y hemos dejado del lado los fríos túneles. Aunque no era necesario ya, ella durmió junto a mí.

21 de enero

En efecto, todavía hay trenes que sacan a los nuestros del otro lado de la frontera. Cuando vimos a unos pocos abordando uno de ellos a la distancia mi padre y muchos otros cayeron rodillas a tierra y lloraron hasta no ver. Ella no ni mi madre. Sólo se sentaron en el suelo con la cara entre las piernas. Avanzamos rápidamente hasta llegar a la estación. Oficialmente teníamos tiempo para desalojar la ciudad usando los trenes especiales, pero los trenes demoraron en las estaciones, esperando pasajeros que quedaron enterrados debajo de sus casas o acribillados en las calles cuando se hizo la toma por sorpresa. Sólo unos pocos que escapamos hemos llegado hasta aquí.

—El tren sale cada tercer día —dicen los demás allá—. Aquí se está a salvo —yo no lo creo.

22 de enero

En otras circunstancias, sería mi cumpleaños, pero mi madre ya no viene con nosotros. Mientras dormíamos se ha ido. Dejó su pasador y su collar. Mi padre la buscó por los alrededores sin encontrarla. Preguntó a cuantos pudo pero nadie la vio. Ahora él viene en silencio, como resistiéndose a que esto suceda.

El viaje en tren va a durar unas cinco horas. Viajamos de día en medio de un camino seco, donde las vías parecen ser la única cicatriz sobre la tierra. No somos muchos. En este carro somos 26. Pasó un hombre con una lista en donde escribía los nombres y las nuevas identidades de cada uno, mismas que teníamos que memorizar de inmediato. Anotó a los enfermos y los separaron de nosotros. Los enviaron al último vagón. Hace un día que no comemos y lo olvidamos intentando dormir sobre el traqueteo del tren. En cuanto lleguemos, tenemos que buscar a los conocidos

de papá. Ellos fueron quienes resguardaron algunos de nuestros bienes cuando las cosas comenzaron a parecer un riesgo real. En tanto, ella duerme. El sueño no me llega todavía, sólo me pregunto si para mamá no hubiera sido mejor quedar junto con los demás, bajo la casa. Como durmiendo.

24 de enero

Cuando llegamos, había una multitud afuera en la estación, algo completamente opuesto a donde tomamos el tren. Todos esperaban que en ese tren sí viajaran sus seres queridos, pero sucedió como las veces pasadas, apenas unos pequeños grupos de gente reducida y débil atravesaron las puertas. Unos pocos encontraban a quienes habían esperado desde el principio de la guerra y de repente parecían vivos de nuevo.

Nosotros salimos juntos del tren, esperando que papá diera seña alguna de reconocimiento en alguien. Ellos nos encontraron a nosotros y nos condujeron al exterior, donde esperaba un automóvil. Entramos ella, mi padre y yo. Los demás se quedaron. No preguntaron nada sobre mamá ni los otros. Llegamos a una casa grande en medio de una calle común. Comimos en silencio y nos aseamos. La casa también es de mi padre, que la rentaba a quienes nos recogieron. Nos quedaremos aquí. Ahora que estamos a salvo viene lo que pudimos evitar antes por el escape: viene el momento impostergable de ver hacia atrás. Mientras me desvestía miré en mi piel las llagas que habían hecho los vidrios. Por primera vez en el espejo noté que también yo había envejecido.

27 de enero

Aquí en este lugar hay varios que desearían que nuestra ciudad hubiera resultado dinamitada desde sus cimientos. Lo noto cuando salgo a la calle y sus ojos se pasean alternativamente de mi cabello a mis ojos y de mis ojos al resto de mi piel, para hacer una mueca de asco y alejarse. Otros sólo dirigen una mirada lastimera y le susurran algo al de al lado. En realidad no sé en dónde éramos cazados con más ahínco. Mi padre ya encontró en qué ocuparse y ella no ha querido salir de la casa. Aquí nos hemos enterado de muchas cosas que pasaron al tiempo que salíamos de la ciudad.

Sobre todo, nos enteramos de que las cosas habían cambiado de tal forma que era improbable regresar jamás. Todavía no hablo el idioma de aquí, pero empiezo a entender ciertas frases.

Siento como si tuviera una marca que me delatara. Algunos que perdieron a toda su familia nos ven y piensan –lo sé– que estamos allí en el lugar de sus esposos, hermanos o padres. Eso tienen en común ellos y muchos otros: desearían que no estuviéramos. Es aquí que los sobrevivientes cargamos con todos nuestros muertos, quizá para siempre.

28 de enero

Estamos huyendo otra vez. Por la noche se emitió en la radio un comunicado nacional. De seguir en su territorio los refugiados de guerra, los azules se declararían como enemigos de este país. La gente salió a las calles a exigir nuestra salida, amenazando con matarnos. Nos dieron 48 horas para abandonar el lugar. Mi padre ha vendido cosas y compró billetes de tren para nosotros tres. A los refugiados nos van a meter en vagones especiales, de los que se usan para granos y mercancía, para que quepamos más en cada viaje. La siguiente parada es lejana, un puerto en donde huiremos al otro continente. El aire es hostil incluso. La gente nos ve y hablan rápidamente. Si al principio intentaban disimular la repugnancia que nos tenían, ahora la dejan ver de cuantos modos pueden.

De muchas formas nos era más fácil movernos en la clandestinidad que hacerlo ahora a la vista de todos. La próxima parada será en tierras neutrales, muy cerca de una zona industrial abandonada. Nadie sabe nada aún.

30 de enero

Es un lugar frío por las noches. Ayer, mientras llovía, muchos animales se refugiaron entre los esqueletos de maquinaria y desperdicios apilados. Nos asignaron una de las naves más grandes. El olor a aceite y querosén se impregnó poco a poco en las paredes de concreto y el humo ennegreció los vidrios más altos hasta hacer de la diferencia entre noche y día una nimiedad.

Vimos con sorpresa cómo mi padre sacaba de su sobretodo un pequeño radio de baterías que compró durante nuestra corta

estancia en la ciudad. Apenas y se escucha algo que no sea ruido y una aguda interferencia cada cuando, pero cuando la señal es estable nos enteramos de nuevos detalles. Oficialmente, estamos a salvo en tierras neutrales. Oficialmente, somos muchos más.

Unos militares dejaron aquí víveres y muchas cobijas diferentes. Las reglas son claras en tanto dure esto: no salir del área delimitada por las vallas de acero ni durante la noche; los que necesiten leña o agua deberán buscarla en el pozo cercano. Un aprendiz de médico era el único que tendría contacto con nosotros cada mañana. Si sucedía algún imprevisto, comunicarlo con él exclusivamente.

El aprendiz de médico es un chico de apenas mi edad. Cuando los enfermos y heridos hicieron una sola fila ante la enorme mesa donde dispuso los antisépticos, vendas y alcohol se quedó parado en silencio.

Lo vi llorar mientras curaba a una niña.

4 de febrero

El médico también ha caído enfermo con esta epidemia que surgió entre nosotros. Los más viejos y los más jóvenes empiezan a afiebrarse y al poco tiempo empeoran hasta convertirse en seres cubiertos de un sudor helado, temblando de frío. Mi padre, ella y yo seguimos sin caer en esa extraña fiebre. La planta ahora está dividida en dos partes. Los infectados en un ala y el resto en el lado que da hacia el pozo. El médico no ha regresado desde que presentó los síntomas. Nos queda esperar, darles un poco de nuestras raciones de comida a los enfermos y seguir esperando más. En la radio se escuchan por la noche las canciones que conocimos antes de que todo comenzara. Cuando alguien no puede dormir, se va a observar el horizonte. El mar no queda tan lejos de aquí, pero lo mismo podría decirse de nuestros hogares destruidos. Y éstos están más lejos de lo que alguna vez imaginamos.

11 de febrero

La luz del día nos hizo cerrar los ojos a todos. Así de acostumbrados quedamos a la penumbra perpetua en el encierro. Era algo que vimos venir desde que el fin del conflicto se sugería cercano. Los soldados llegaron a gritar con alegría que ya éramos libres.

No comprendieron que doliera enfrentar que seguíamos vivos mientras otros habían muerto. Muchos guardamos para nuestro interior la pregunta obvia: ¿y ahora qué?

Una vez libres deambulamos como ciegos. Mi padre me hizo una seña con la cabeza y caminamos sobre unas vías de ferrocarril. Ella me toma de la mano, me dice algo que no alcanzo a entender pero asiento. Ella está sola y me pregunto qué me hace pensar que yo no. La gente se mueve como un animal ciego, apenas se da cuenta de nosotros. En este lugar tan grande no existimos, como si ya estuviéramos muertos desde mucho tiempo antes. Para ellos, nosotros no tenemos pasado. Para nosotros, no hay otro presente que el que hemos hecho con trazos irregulares en la tierra.

Hacía mucho que no escuchaba una campana hasta hoy, en el parque. El reloj sigue su camino recorrido mil veces. Por mí, podría haber sido mediodía desde hace mucho tiempo.

Ahora es momento de que el reloj avance. Nuevamente.

Hay sol y tengo frío*

Israel Macedo Serna

*Cuando vivo en el exilio,
llevo mi tierra conmigo.
Cuando vivo en mi tierra,
siento el exilio conmigo.*

El hoyo es oscuro. Huele a pobreza, huele arisco, adusto... ¡Áspero montaraz hurraño! La oscuridad lo cubre todo, ni mis manos puedo ver. Escucho una voz, lo juro, no soy yo. No es mi imaginación. Me habla sin palabras. La escucho en silencio. Es difícil de explicar. No soy yo. No. Quizá no es explicable. No es. El hoyo es oscuro, sólo se ve un agujero en la parte superior, cae una gota en mi cabeza... ¡Quiero arrancarme la cabeza!

El aposento de la mosca es mi nariz. Los gusanos, el sonido del zopilote y el guardia son mis compañeros de existencia.

Era un negro y un rojo y un gordo y un flaco y un alto y un bajo y un feo y un bello y un rebelde y un creyente y un amarillo y un blanco... ¡Dejé de ser humano para ser todo lo que ellos dicen! Me han encerrado por peligroso.

Para matar el tiempo (si es que se puede matar o es que me mata a mí), imagino cómo los cirios, que son ideas, esclarecen las penumbras de la ignorancia. Y comienza de nuevo mi martirio, salen ideas desordenadas, gritan, enloquecen, empujan, pegan, sangran, corren, lloran y ríen. Se repiten ideas, balbuceo, se repiten ideas... balbuceo, susurro a mis manos.

* Cuento de la categoría de 17 a 18 años premiado con una Mención honorífica.

Tengo pesadillas estando despierto, quisiera que fuera un sueño. Esa gota cae aprisionando mi sesera. Ustedes tienen un nido, yo ni siquiera este hoyo. El guardia viene cada que se acuerda a darme algún resto. Este animal se tambalea y gira sobre su propio eje, pronto caeré. Muchos no saben que la gente muere.

Quiero ser un feto que asome la cabeza y al ver esa realidad preferir no nacer, nunca salir. O mejor estar ciego para no ver la muerte, el hastío y el vacío. Ver un ocaso y una aurora en un distinto sol. Todos los caminos nos llevarán al mismo destino, para qué ver la sangre que irriga el toro después del pinchazo.

Quiero agarrar un cuchillo, cortarme la yugular y pensar hasta los límites de la razón mientras desangro; que aparezcan muchos torrentes, y donde los cauces se unen, ahí meditar, ahí pensar, ahí existir. Sé que estoy pidiendo mucho, por lo menos creer que estoy mal, que mi camino no fue el correcto; estar seguro de que estoy equivocado; que estoy demente, saberme como un loco y gritar para que me encierren para siempre. Y estar seguro que la libertad sólo existe en la mente, aquí no hay barreras, no hay límites. Mis pies no pisarán más espinas. Mi dolor será estar solo, pero jamás perdido. Sé que he pedido mucho, estoy pidiendo mucho. Quiero quitarme la vida. Después de todo no hay a quién dar el pésame, al fin que todos moriremos, al fin que soy un hombre sin nombre... ¡Déjame por favor! es la voz que me quiebra... me quiere matar...

...Creo que estoy perdiendo la cordura... Duermo 12, 14 o más horas, pero no descanso. Pareciera que me quedé despierto todo ese tiempo. Ya no sueño.

—¡Hurra! muchos gritaban—. ¡Hurra! —las reses quedan marcadas, mi mano quedó marcada. ¡Como res he quedado marcado! Y las ideas han quedado olvidadas; encontradas, quemadas, socavadas, entonces no halladas, calcinadas, excavadas. Los muertos entierran. Me quieren enterrar. Ellos han sido hombres que maltratan, que golpean, hieren, calcinan, humillan y matan. Ellos no son hombres, son bestias que roban ideas, impíos con la suerte de sus dioses, condenan, ataviados; y los mármoles, enjutos, observan. Y castran y los restos de sus carroñas, ordenan soberbios, los guarde. Nosotros nos olvidamos de la vida, pero la vida no se olvida de nosotros. Lo peligroso no es morir, lo peligroso es no

acordarse de que estamos vivos. Como locomotora lleva prisa de vivir, de robar, de expresar. Vendado que me has vendido, país. La milicia contra la malicia. Patria y patraña. Ya no me juzguen, sólo quiero ser humano. ¡Ya no me juzguen!... Ya no me juzguen...

No existimos en el ser, sólo en lo material. Entre imágenes de ensueño miro el horizonte, involucrando sentidos. ¿Qué sentidos? ¿Cuál sentido de ver, entre imágenes de ensueño, el horizonte? ¿Si no hay horizonte, todo está en caída! No es horizontal, sino

V
E
R
T
I
C
A
L

El martirio de
a r r e a m e n d e
a a R e b e l d n e
i a l a s u m i t m
D L A M U E R t e a i
o t - v n o i s e l s
n e i m i r f u

Y su final es el abismo, el caos. No hay salida, no hay escapatoria a la muerte. No hay escapatoria al hoyo. El canto del dolor es una silvestre flor que exuda los más tiernos pólenes que la mariposa, después de ser oruga, aprovecha. Que el espíritu hable, y no sólo hable, sino que grite como aquel ser que quiere vivir; que quiere, de una vez por todas, existir. Que llene la faz con gritos de vida, ya que son gritos de dolor.

Pero ahora no puedo, el silencio del hoyo me abraza, mis murmullos son de un demonio enflaquecido, un olor de excremento y orina me envuelve. Una mosca disputa la comida. Escucho una voz, lo juro, que rompe este maldito silencio. Esa voz trémula, aguda, que sobresalta mis sentidos. ¿Cuáles sentidos? Estoy en este hoyo donde me desespero. ¡Tengo que jugármela! Revoluciones,

muchas revoluciones, miles por segundo. Haré caso omiso a esa voz que me dice “hay meados y residuos fecales: juzga al respirar”. Esa gota que cae en mi cabeza me revienta, cuando venga el guardia me la jugaré de todas a todas: ¡No tengo nada qué perder, sólo estas cadenas!

Sin manos, sin pies, sin rostro, sin ropa. Con el alma desnuda saldré de este hoyo. ¿Así me aceptarán? Me iré de este hoyo, de esta prisión, me iré de este país, mi país; quiero ir a un lugar donde todos los mamíferos sean libres, de otra especie. ¿Pero si camino a otra tierra dejaré de ser extranjero? Quiero ver la luz, aunque el sol negro me queme, aunque el desierto negro me abrace.

Mañana viene el guardia... Pero llega este maldito infierno de ideas, el martirio de mi sufrimiento, la diarrea mental, mi pensamiento no es mi guía ni teoría; mi pensamiento es vivir con mi agonía.

Casi no respiro, grito en silencio, mis murmullos son esos gritos de dolor, extranjero en mi país. Tal vez yo estoy equivocado. El hoyo es oscuro. Sopor. Huele a pobreza, huele arisco, adusto... ¡Áspero montaraz huraño! Quiero ver la luz. Mis pies me llevarán a otra tierra donde sea libre y en los hoyos sólo estén los muertos.

Esperaré al guardia con la ilusión de vida, mientras los gusanos roen mi pútrida carcasa, los zopilotes comen cada una de mis vísceras y las moscas tienen fiesta alrededor de la mierda.



Selección de cuentos destacados de la edición 2010



Mi huida a México*

Jordi Jaume Lázaro Hernández

Recuerdo la vez cuando ocurrió la Guerra Civil en España, yo vivía en un pequeño pueblo de Madrid con mi familia y algunos amigos.

La crisis del país era muy mala pero no tuvimos que irnos del país por esta razón, ya que la situación de mi familia no era de mucha pobreza; la razón principal era lo difícil que se estaba poniendo en cuanto a política, a la intolerancia del gobierno y a la falta de libertad. Mi padre, que era liberal, deseaba que sus hijos, y claro él también, viviéramos en un país mejor.

Muchos españoles como mi padre decidieron salir de su tierra y venir a México y a otros lugares en donde vivir con paz y libertad.

Cuando Franco entró al poder hubo más crisis, creía la gente que él iba a mejorar la situación que estaba pasando en España, pero más bien la empeoró porque se había convertido en un dictador que la gente no quería.

En los tiempos de la posguerra hubo mucha pobreza en muchas familias, incluyendo la mía, porque había falta de dinero, comida y lo más importante: ¡libertad! Y a pesar de que era un jovencito, con tristeza yo veía a mi país en esa situación y no quería vivir. Llegué a escuchar que Franco mataba a gente inocente por no estar de acuerdo con él en algunas cosas, por criticar su régimen de gobierno, por la falta de libertad, por la dictadura.

Mi familia y yo planeamos salir de España, ir a otro país, uno de ellos era Francia, otro Andorra, por la cercanía con España; pero no fue posible, ahí las cosas estarían igual de difíciles, se estaba iniciando un nuevo conflicto mundial que ahora conocemos como la

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 13 a 14 años.

segunda Guerra Mundial. La otra opción era ir a América donde había muchos países que hablaban el español y, según supimos, era una tierra libre.

Pensamos primero en ir a Buenos Aires (Argentina), luego en ir a Caracas (Venezuela), pero México era una buena opción, ya que estaba ofreciendo asilo político a emigrantes españoles, principalmente a los niños, durante la Guerra Civil española.

Trabajando muy duro, estuvimos ahorrando para ir en un barco al puerto de Veracruz. Recuerdo que solía pensar que nunca volveríamos a España el resto de nuestra vida y me resultaba demasiado deprimente, pero no había otra salida, tendríamos que dejar nuestra tierra a la que amábamos, donde nacimos, nuestras raíces...

En el mes de junio mi familia y yo tomamos el tren de Madrid a Lisboa, Portugal, de esa ciudad viajamos en un barco por el Océano Atlántico durante casi tres meses. Al principio me dolió mucho dejar mi casa, mis amigos, mi ciudad, mi país, pero después todo fue diferente; observar el paisaje me hizo sentir que sólo iba de paseo.

El viaje en barco fue tedioso, ver día y noche el océano al principio me mareaba, después me acostumbré, pero luego me aburría, fue entonces que busqué algo que hacer: dibujar, leer, tenía todo el tiempo del mundo para hacer algo que a mí me gustara.

Finalmente llegamos al puerto de Veracruz, recuerdo que sentí muchas cosas: alivio, al fin terminaba el viaje; emoción por una nueva tierra, una nueva vida; miedo, ¿qué vida nos esperaba?, ¿sería fácil?, ¿encontraríamos lo que buscábamos?; nostalgia por mi casa, mi tierra, la familia que se quedó, mis amigos.

El inicio fue difícil e incierto, recuerdo que la gente nos recibió cálidamente, encontramos un lugar donde vivir y mis padres comenzaron a trabajar y yo a ir a la escuela. Los chicos me veían con curiosidad, era blanco, mis ojos azulados y decían que hablaba diferente a ellos, algunas veces se reían de mi forma de pronunciar la z y la c, algunas veces no comprendían lo que decía pues mis expresiones eran completamente diferentes a las de ellos.

Recuerdo que pensaba lo mismo de ellos: eran morenos, su cabello abundante y oscuro, su acento muy simpático, suave

y alegre, cortaban las palabras al terminar, pero era hermoso... hablaban muy rápido y entenderles era muy difícil, y las palabras que usaban eran extrañas... pero el extraño en realidad era yo.

La comida era rara, sabrosa pero rara, aunque igual comían arroz y patatas (papas). Las comidas eran nuevas, exquisitas y picosas, ¡muy picosas!, pero el nuevo sabor de la comida era bueno, me acostumbré pronto a los tamales, al pozole, a las picadas...

El clima fue otra cosa al principio difícil de soportar, la costa es húmeda y caliente al mismo tiempo, el verano es caluroso como en Madrid, pero el invierno es muy agradable a diferencia del intenso frío invernal de Madrid.

Conocí lugares asombrosos de México que no había en España, toda una cultura diferente a mi país natal; era difícil acostumbrarse a estas maravillas que no fácilmente las encuentras en otros países.

Ahora soy un mexicano, amo a este país, tengo libertad, la tierra y su gente es bondadosa. Mis padres no están temerosos de Franco, otros españoles llegaron con nosotros y día a día llegan más; nos hemos unido, nos apoyamos entre nosotros.

La gente de México nos trata bien, el gobierno nos ha ayudado mucho y aunque añoro mi Madrid sé que aquí viviré mejor, algún día volveré a mi tierra, tal vez cuando cambien las cosas. Por lo pronto quiero pertenecer aquí, aunque por las noches pienso en lo que quedó atrás. El futuro no lo podemos predecir pero espero que sea bueno para mí y para mi familia.

Supervivencia*

Dalia Acosta Alvarado

En el espantoso tiempo de la primera Guerra Mundial (1939-1945), inicia mi historia.

Mi nombre es Szymon Walenti, en ese entonces tenía 14 años, vivía con mi familia escondida en Polonia pero cuando comenzaron los alemanes a bombardear tuvimos que separarnos todos. Hacíamos hoyos en la tierra para escondernos; sin comer, sin bañarnos, sin tomar un poco de agua.

Con todo esto me sentí obligado a escapar pues por donde quiera todo era destrucción, había un olor a muerte, a desolación, a impotencia de no poder hacer nada por mi familia y por mi país; así que en una noche oscura decidí salir de mi escondite muy temeroso y fui a la estación del tren. Llevaba ropa negra, me bañé en aceite quemado y me colgué del tren por la parte de abajo, me agarré fuertemente con manos y pies de los fierros de abajo del tren. No podía moverme pues si volteaba a algún lado mis ojos podrían brillar con la luz de las linternas de los oficiales que revisaban todo; afortunadamente ese día no llevaban perros, que si no hubieran descubierto todo y no estaría contando esto. Por fin salió el tren, en silencio me despedí de mi madre prometiéndole que si lograba escapar algún día regresaría por ella y mis hermanos, pues mi padre había muerto en los bombardeos. Fuimos haciendo paradas en distintos pueblos y era cuando tenía oportunidad para descansar en el suelo y volver a acomodarme, veía las botas de los oficiales y volvía a colgarme.

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 13 a 14 años.

Hasta que llegamos a un pueblo cercano al puerto de Londres, fue ahí donde me bajé, en una noche oscura; me dormí en un callejón abandonado donde había basura, comida echada a perder de la cual comí. Esa noche me sentí feliz porque llovió y pude beber agua de los charcos. Como sombra me deslicé hasta un barco al cual ayudado por la oscuridad pude subir escondiéndome hasta llegar al cuarto de máquinas, era un ruido espantoso pero lo podía soportar porque el tiempo que estuviera ahí ya no tendría frío.

No sé qué tiempo tardó el barco en zarpar, no lo sé, pero se me hizo eterno, hasta que un movimiento brusco me avisó que por fin el barco había zarpado. Me sentía cansado, muy cansado, débil, enfermo de cuerpo y alma, pero por fin iba rumbo a la libertad; no me importaba que me descubrieran porque al fin y al cabo ya no estábamos en tierra.

El tiempo que pasé en el cuarto de máquinas me hizo soñar y preguntarme: ¿qué sería de mi futuro?, ¿cuál sería mi destino?, ¿qué me esperaba al llegar a donde el barco me llevaba? Sólo sabía que me llevaba a América (hoy mi amada América). No sé qué tiempo pasó pues perdí la noción del tiempo, no sabía cuándo era de día ni cuándo era de noche, agazapado, escondiéndome de los marinos que bajaban a revisar las máquinas pero aún así la esperanza seguía viva. Fueron pocas veces las que pude salir a hurtadillas a conseguir algo de comer, en mi escondite pude tomar agua pues utilizaba un trapo sucio poniéndolo en los tubos calientes donde salían vapores, lo exprimía en mi boca y así podía conseguir beber un poco de agua.

También hurté ropa, no de mi talla pero al fin ropa limpia, el cuarto de máquinas era tan caliente, tan sofocante que con el sudor pude quitarme el aceite que tenía en el cuerpo.

Por fin llegó el momento tan anhelado: ¡el barco se detuvo! Esperé no sé qué tiempo, había tanto movimiento, a todos los hombres los veía yo desde mi escondite: unos subían, otros bajaban, unos riendo, otros tomando y brindando hasta que por fin, el silencio... Nada más oía el ruido de las olas, el chillar y aletear de las gaviotas eso me avisó que por fin podía salir de mi escondite y estirar las piernas, los brazos, me sentía tan mal... todo el cuerpo me dolía pero me invadió un sentimiento de felicidad porque al

fin quedaron atrás los bombardeos, la muerte, el hambre, el miedo. Sin embargo, aquí podía respirar libremente, sentía la brisa del mar que acariciaba todo mi cuerpo y me llenaba de vida.

Ya recuperado, decidí bajar del barco, cuando de pronto sentí que alguien me tomaba por la espalda y con mucha fuerza me detenía... el miedo me paralizó y temeroso volteé. ¡Oh sorpresa! Frente a mí estaba un hombre mayor, que fue el que me detuvo; qué alivio sentí al ver que sonreía, en esos momentos me hablaba pero yo no le entendía ni él a mí. Fue entonces que se dio cuenta de que no era de ahí, tal vez imaginó que yo había huido de la guerra, no lo sé pero me llevó con él y me dio de comer, de beber, me permitió bañarme, me dejó dormir en un jacal, sobre un catre y dormí, no sé cuánto tiempo, días, noches y cuando desperté me encontraba solo. El hombre que me ayudó regresaba a casa un poco ebrio, no sé qué decía pero me imagino que cantaba, vivía solo no sé por qué si era tan bueno. Nos empezamos a entender; con señas le entendí que trabajaba descargando las mercancías de los barcos, tenía una pequeña barca en la que iba a pescar con mucha frecuencia, lo acompañé varias veces y por fin volví a reír por las señas que nos hacíamos para entendernos.

Surgió una entrañable amistad pues gracias a él empecé a hablar pequeñas palabras en español; fue cuando me enteré que me encontraba en el bendito puerto de Veracruz. Él me consiguió trabajo en un restaurante lavando platos, tallando pisos, tirando basura, limpiando mesas. Ahí mismo me dieron alojamiento pues yo tenía que trabajar antes de que saliera el sol y terminaba mi labor hasta que el último cliente se retiraba. Me sentía feliz de contar con un trabajo, comida y, por si fuera poco, unas monedas.

Fui afortunado por la amistad que me brindó el hijo del patrón. Por las noches el joven, mayor que yo, me enseñó a leer y a escribir, no me importaba dormir poco porque sabía que todo mi esfuerzo tendría una recompensa. Mis patrones al darse cuenta de mi empeño me llevaron a la presidencia municipal, como no entendía bien todavía el español, en esos momentos no sabía a qué íbamos; yo pensaba “ha de ser algo bueno para mí” ya que ellos eran muy buenos conmigo.

Al poco tiempo, como yo ya sabía leer un poco, me enteré a qué habíamos ido esa ocasión a la presidencia; hablaron por mí pidiendo a las autoridades que me dieran refugio político en este hermoso país, México. Tenía razón mi madre cuando me despedí de ella y me dijo que cuidara mis documentos como a mi propia vida. Corría el año 1945 cuando por el radio nos enteramos que por fin la guerra había terminado, sentí gran alivio en mi corazón y todo el mundo reía y gritaba ¡viva! ¡hurra a la paz! En este tiempo yo contaba con 20 años cuando mi amigo Pedro, mi protector, cayó en cama enfermo. Yo pude apoyarlo económicamente ya que en los dos años de mi estancia en México había juntado centavo tras centavo porque sé que una de las bases importantes de la vida es el ahorro; lo cuidé en su enfermedad con mucho esmero y cariño, duró enfermo casi tres meses hasta que un día... sucedió lo que tenía que suceder, falleció, lo cual dejó en mi corazón un gran vacío... se había ido mi amigo querido.

Pasó el tiempo, para entonces yo ya tenía un horario en mi trabajo y pensé que podía ocupar mi tiempo libre en otra cosa. Pensando y pensando y pensando llegué a la conclusión de que ya había yo aprendido la cocina mexicana; le comenté a mi patrón, el cual me apoyó y puse un pequeño puesto de antojitos el cual atendía por las noches; siempre con la mira de poder juntar más dinero para cuando fuera posible que mi madre y mis hermanos se vinieran a este bendito país, ¡mi país! (rogando al cielo encontrarlos vivos).

Más adelante alquilé un localito, pasó el tiempo y tuve que agrandararlo.

Le di las gracias a mi patrón para poder atender mi pequeño negocio, el mismo que con el tiempo se convirtió en restaurante.

Conocí a una chica que me apoyaba en el restaurante, con la que más adelante me casé y formé una familia. Me sentí muy mexicano pero no olvidé por ningún momento que México me dio un *refugio*, que soy un *refugiado*.

¡Gracias México!

Borrón y cuenta nueva*

Gilberto Marín Aguilar

—¿Dónde estoy? —pregunto... nadie responde. Me encuentro en un sitio que desconozco, en el que sólo veo personas que, hasta donde yo sé, son un tanto raras: el color de piel, el cabello, los ojos, las facciones de la cara, todo es diferente, como de otro mundo. Confundido, aislado, desolado, son palabras que describen perfectamente mi estado emocional.

Un lugar indecente me asedia, donde la miseria es demasiado obvia. Me siento totalmente solo, a pesar de todas las personas que se encuentran junto a mí. La diferencia entre nuestras culturas es bastante apreciable.

Lo último que recuerdo es el día que mi papá fue secuestrado por unos extraños, luego de haberse manifestado en contra del gobierno iraquí. En el momento que los desconocidos entraron en mi casa, aprovecharon para llevarse algunos objetos de valor; enseguida me apuñalaron. Desde ese momento no recuerdo nada.

—¡Señor! ¡Señor! estoy hambriento —le grito quejumbándome a un individuo. Con algunas señas, logro que el hombre comprenda, y se aleja hacia lo que parece ser una cocina. El hombre vuelve y me deja un plato con alimento. La apariencia de la comida era desagradable.

—Gracias, pero prefiero no comerlo —le digo apenado, aunque a juzgar por la mueca de su cara, no me entiende ni una palabra, así que sólo devuelvo el plato.

En mi ciudad dormía en una habitación confortable, que a pesar de que no era muy lujosa la disfrutaba, porque sabía que

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 13 a 14 años.

era producto del esfuerzo de mis padres. Todo eso se acabó, a cambio de mi casa ahora tendré que dormir en un enorme cuarto, compartido por docenas de individuos; además, se encuentra en condiciones casi inhóspitas e insalubres.

Desde ese momento perdí cualquier esperanza. Siento que hasta el momento he perdido 16 valiosos años. Tendré que volver a comenzar, en otro país: aprender la lengua de este lugar, conocer personas, hacer amigos, acostumbrarme a la cultura regional, tener educación y valerme por mí mismo, son algunas de las cosas por las que deberé pasar y que sin duda, ninguna será fácil.

Finalmente, me he decidido a salir de esta pocilga, no tengo la menor idea de qué me espera allá afuera. Comienzo a abrir el portón corredizo que da a la calle; lo hago con mucha cautela, ya que muchos de los otros aún duermen. De pronto ocurre algo que me deja pasmado:

—¡Escuché a alguien hablar árabe! —grito. Increíblemente me doy cuenta de que no sólo es uno, ¡sino más de una decena!

”Es un gran alivio no ser el único —les dije a todos, mientras mi estado de ánimo da un gran giro; nuevamente me lleno de esperanzas. Olvidé por completo que estaba a punto de irme, incluso en el escándalo desperté a los que dormían. Comenzamos a charlar, descubrimos nuestra identidad. Algunos venían de Arabia, otros de Egipto y de Argelia... era emocionante.

Desafortunadamente y sin razón, todos comenzamos a pelear. Tomé un gran marro y empecé a golpearlos a todos. De pronto, por detrás, un hombre alto y fortachón me hiere la nuca y me deja inconsciente.

Despierto en un oloroso catre, al parecer sin ninguna herida visible. Busco por todo mi cuerpo alguna lesión, pero no logro encontrar ni el más mínimo moretón.

—Seguramente todo fue un sueño —me dije.

Me siento acabado, mi padre posiblemente está muerto, de mi madre no sé nada, y yo estoy en un sitio desconocido, seguramente alejado de mis parientes.

Luego de un rato, intento platicar con el encargado; no hablamos mucho debido al idioma. Él logra entenderme, al parecer comprende un poco mi idioma. Descifro lo que con incoherencia

me dice, y me da a entender que soy un refugiado, que había venido a dejarme una mujer, seguramente mi madre, y que luego se había ido, ignorando él por completo hacia dónde se dirigía.

Me retiro del sitio en donde conversaba con el supuestamente encargado del lugar en que me hospedo, teniendo en mi mente que posiblemente mamá aún está viva, pero seguramente tratará de salvar a mi padre. Con los muchos años que la conozco, me he dado cuenta de que es muy testaruda.

De nuevo, me ofrecen algo de comer. Esta vez acepto el alimento, que la verdad me parece delicioso, muy diferente al anterior platillo. Disfruté mucho esos alimentos, a juzgar por el tiempo que llevaba sin comer, y agradezco a Alá por habérmelos permitido. Enseguida me levanto de la silla que utilicé para cenar y me dirijo a mi catre.

—No puedo estar tan solo —me digo en mi mente, y parece que Alá escucha lo que pienso con el único fin de engañar a mi mente. Aparece de repente un niño de piel oscura, aspecto pobre y con ropa estropeada, se sienta a mi lado y me comienza a platicar; una extensa historia sale de su boca. Pareciera que ese pequeño niño hubiese vivido más de lo que aparenta y yo, un poco desconcertado, apenas me doy cuenta de que habla perfectamente mi idioma. Parece ser de mi edad y creo que seremos buenos amigos.

—Dormiré en el catre de enseguida. Mañana saldremos a darnos la vida, yo te ayudaré. Buenas noches —me dice. —De verdad muchas gracias, necesito aprender a obtener lo mío sin depender de otros, y sé que tú me ayudarás. Buenas noches —le respondí.

—¡Despierta, despierta! —escucho de pronto. —¡Ya levántate! —insiste una voz. Me levanto, a petición de mi amigo.

—A propósito, ¿cómo te llamas? —le pregunto.

—Mi nombre no debe ser develado, así que prefiero no mencionarlo. Y tú, ¿cuál es tu nombre? —me responde, concluyendo con una pregunta.

—Me llamo Khalid. Me parece extraño que no quieras decirme tu nombre, pero tus palabras se escuchan reales; no te lo preguntaré más —le digo.

Me alisto para lo que será mi entrevista de trabajo; mi amigo tiene todo planeado, él sabe hablar el idioma de los nativos de México, que es en donde nos encontramos, o al menos eso me dijo él. Traducirá mi entrevista, y esperamos conseguir un buen empleo. En lo que me pongo el cinto, nos encaminamos hacia el portón. Éste es muy pesado, así que lo ayudo a empujar.

—¡Increíble! ¿Ésta es la ciudad de México? —le pregunto emocionado.

—Así es —me responde alegre.

—¡Ja, ja, ja! —se oye en el bullicio, y entonces noto que todos me clavan la mirada, con una expresión cómica.

—¡Sólo soy una persona! —grito encolerizado. Es horrible, nadie me entiende lo que digo, y a pesar de que mi amigo les dice que se callen, no cesan. Me siento discriminado, inaceptado por la sociedad, todo eso me destruye emocionalmente.

Mi socio, que así lo considero, se detiene leyendo un letrero colocado afuera de un establecimiento, al parecer una librería. Me detengo junto con él, y me dice que entremos, que quizá podamos conseguir un empleo en ese lugar.

Cuando menos pensé, ya estábamos afuera. Él me dice que nos corrieron sin razón, al parecer por mi procedencia iraquí, y eso me decepciona mucho; estoy siendo víctima de la discriminación, y aparentemente nada puedo hacer para defender mis derechos en este lugar.

—Qué curioso que nadie se ríe de ti —le dije.

—Nunca nadie se reirá de mí —me contestó con seguridad.

Seguimos caminando por las interminables calles que abundan en la ciudad, en busca de alguna vacante.

Luego de ser rechazado en más de seis establecimientos, finalmente me aceptan en un trabajo, sin necesidad de decir una palabra. Me entregan una bata y equipo de limpieza, y me llevan hacia un cuarto sucio, lleno de restos de tela. Al parecer estoy en un taller de costura. Es gratificante después de tanto esmero conseguir lo deseado.

—Amigo —insisto—, ¿por qué parece que sólo yo te veo, por qué no me ayudaste al hablar con los dueños de los establecimientos? —le pregunto con seriedad.

—Es hora de que lo sepas. Mi misión aquí está cumplida, ahora podrás tener una vida digna y yo podré irme. ¡Ah! y por cierto, mi nombre es Mustafá y soy tu padre. Tu madre intentó salvarme, la atraparon y morimos juntos. No llores, siempre te acompañaremos —me dice mientras se desvanece y se pierde de mi vista.

—¡Papá, no te vayas, por favor! —le digo, sin poder contener las interminables lágrimas acompañadas por sollozos. Ésa fue la última vez que lo vi.

Hoy, tres años después, llevo un gran avance en el aprendizaje del español, soy ciudadano mexicano, me he acostumbrado a vivir en México y estoy saliendo adelante, acompañado por el espíritu de mis padres.

Sí se puede empezar de nuevo en otro país, sólo hay que tener fe, esperanza y luchar por la vida. ¡Jamás te rindas!

Huyendo por la vida*

Dania Fernanda Mendoza Garcés

Es una tarde lluviosa, el momento perfecto para despedir a un gran amigo y ver un nuevo amanecer lleno de esperanza, sabiendo que valió la pena todo lo que pasamos, todo lo que vivimos. Recuerdo perfectamente todo, como si hubiese sido ayer, cuando juntos buscamos una salida al asfixio causado por la guerrilla, que no sólo invadía nuestros corazones sino también la tierra que nos vio nacer. Aquella tarde del tres de marzo la cual nunca podré olvidar, esa luz que nos iluminó y la cual reflejaba el miedo de nuestras almas.

Recuerdo que sólo te tomé de la mano para correr y no parar hasta encontrar un refugio que fuese seguro para ti, mi pequeño hermano. Busco las palabras para describir esa gran historia, en la que nos embarcamos sin saber lo que nos esperaba. Ésta es la primera noche que podré dormir tranquilo, con la paz que nunca tuve cuando dormíamos en aquel refugio, que cada noche nos aturdían los estallidos, las balas; entonces sabíamos que la guerrilla estaba cerca, que nos encontraría para llevarnos con ellos y volvernos a su imagen o matarnos.

“Escóndete bajo la cama”, recuerdo que te decía eso todas las noches para que no te encontraran, para tenerte a salvo de los malos. Pero en cuanto tuve la oportunidad de escapar contigo lo hice, sin pensar en lo que nos podría pasar fuera de nuestro país. Mi único pensamiento era estar a bordo de ese gran barco y no voltear la mirada para ver cómo las llamas consumían a nuestra amada tierra, nuestra querida Guatemala. Cuanto más se alejaba

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 15 a 16 años.

el barco, más recuerdos venían a mi mente de la tierra que desaparecía en el horizonte.

Tardamos unos días en llegar a México, con esperanzas de volver a comenzar nuestras vidas desde cero. Recuerdo tu linda cara, llena de vida, llena de ilusión; un pequeño niño de sólo cinco años de edad que no entendía lo que estaba sucediendo, no comprendía aquel mundo en el que vivía, acompañado de su hermano de 15 años, que al mismo tiempo se sentía perdido. Quería decirte que las cosas no iban a ser fáciles pero no encontraba las palabras para hacerte entender que sólo éramos tú y yo de ahora en adelante, que tú sólo contabas conmigo y nadie más. Comenzamos a buscar un lugar para pasar la noche, pero las noticias eran mas rápidas que nosotros, para ese entonces el país entero sabía de la situación que se vivía en Guatemala y de la gente que logró escapar; en todas las casas que pedíamos ayuda nos la negaban, pues pensaban que éramos ladrones o pandilleros.

Tuvimos que pasar nuestra primera noche bajo un puente sin haber probado un bocado en todo el día. Busqué unas hojas de periódico para protegerte del frío que nos abrazaba aquella noche. Cuando amaneció, reanudamos nuestra búsqueda por un lugar donde vivir. Descansamos por un momento para poder comer algo, saqué de mi bolsillo un par de monedas que guardé desde que abordamos el barco, con éstas compré dos panes para comerlos con un poco de agua que nos regaló una amable anciana. Después de haber terminado de comer continuamos caminando, pero fue hasta la tarde que un señor como de unos 40 años de edad llamado Francisco nos tendió la mano para darnos asilo en unos de sus cuartos en renta, con la condición de trabajar para él; era ya muy viejo y no podía mantener solo un pequeño taller de carpintería.

No entraban muchas ganancias en el taller así que tuvimos que racionar la comida en la primera semana; al principio fue difícil pero conforme pasaban los días las cosas iban mejorando.

Llevábamos más de medio año con el señor Francisco que era muy bueno con nosotros, pues nunca nos negó un plato de comida. Eran agradables las tardes que pasábamos juntos los tres contando aventuras e ilusiones que juramos algún día alcanzar; a excepción de aquel día, cuando tú y yo caminábamos por la calle

muy contentos, pues acabábamos de entregar unos lindos muebles que nos dejaron una generosa ganancia. Planeábamos qué íbamos a hacer con la parte que nos correspondía porque al día siguiente era tu cumpleaños número seis y nos dirigíamos a comprar un delicioso pastel para festejarlo junto con el señor Francisco, sin darnos cuenta que unos pandilleros nos perseguían.

Desgraciadamente fue demasiado tarde cuando tratamos de defendernos de aquellos pandilleros; primero te empujaron a ti contra la pared y te golpearon en el ojo izquierdo, provocándote un dolor insoportable, cuando caíste al suelo te siguieron golpeando sin piedad alguna, traté de empujar a aquel maldito que te golpeaba pero en ese momento llegó otro tipo por la espalda y me golpeó muy fuerte con un tubo de acero y pateándome en las costillas, dejándome muy débil que no pude evitar que se llevaran el dinero, sólo oía tu voz gritando que no se llevaran el dinero que era para tu pastel de cumpleaños pero no les importó lo que sintiéramos ni tú ni yo.

La gente que presenció todo nos ayudó a levantarnos y nos acompañaron a casa. Esa golpiza nos costó una gran pérdida en la carpintería pues fue mucho dinero el que se perdió. Pero a ti mi pequeño hermano te costó más que sólo dinero, te costó tu libertad. El golpe había sido tan fuerte que dañó tus ojos y los doctores tuvieron que operarte; sin embargo, no volverías a ver en toda tu vida. Yo prometí que sería tus ojos en todo momento y que nunca te abandonaría. Un día te acercaste a mi lado y me preguntaste que si algún día volveríamos a Guatemala, no supe darte una respuesta pues no sabía si en realidad alguna vez regresaríamos a ver nuestra tierra. Habían transcurrido cuatro años desde aquel accidente que le robó el color a tu vida, pero tú seguías adelante y hacías frente a toda situación que la vida nos hacía pasar.

“Refugiados”, nos decía la gente que se acercaba a la carpintería sólo para criticar al señor Francisco por habernos aceptado en su humilde hogar; decían que sólo le habíamos traído problemas y dificultades, pero él no aceptaba ni permitía que nos ofendieran con sus críticas.

Era una tarde muy linda puesto que ese día cumplíamos seis años de vivir con el señor Francisco y decidimos hacer una

comida para agradecerle todo lo que había hecho por nosotros, adornamos la casa con muchos colores y globos para recibirlo. Fue el día más lindo que habíamos pasado los tres juntos. Reímos y recordamos aquel día en que el destino nos juntó.

A la mañana siguiente el señor Francisco y yo nos levantamos muy temprano para salir a comprar un regalo para ti, tú preguntaste a dónde íbamos con tanta prisa, sólo te dijimos que realizaríamos unas compras para la carpintería que no tardaríamos. Aceptaste quedarte sin ningún problema, mientras nosotros corrimos a la agencia de viajes para comprar dos boletos para viajar a Guatemala algunos días. Mientras estábamos fuera de casa al taller llegó una pandilla que pretendía asaltarlo; desgraciadamente eran los mismos que hace tiempo nos habían hecho daño. Te arrinconaron en la esquina del taller y comenzaron a buscar la caja fuerte, tú quisiste defender nuestro hogar y comenzaste a gritar. En ese momento la gente se acercó, pero uno de ellos no soportó y sin piedad alguna te disparó al pecho dejándote tirado en el piso desangrándote.

Los pandilleros corrieron sin parar; en ese momento el señor Francisco y yo llegamos pensando que era tiempo para dar respuesta a la pregunta que me hiciste años atrás. Tenía muchas ganas de decirte que regresaríamos a ver nuestra amada tierra. La gente rodeaba la carpintería y tú te encontrabas recostado en el suelo con tu ropa ensangrentada, corrí y te tomé entre mis brazos. Me sentí tan culpable de haberte dejado por un momento. Tú sólo dijiste que ahora estarías mejor, que ya no dormirías con miedo de oír estallidos o pensar que alguien iba a venir por ti, dijiste que el miedo había desaparecido de tu alma, de tu ser.

No sabía qué decirte, sólo lloraba y te suplicaba que no me dejaras, que no me abandonararas, gritaba y decía a Dios por qué había permitido que te pasara esto, sostuviste mi mano y la apretaste fuertemente prometiéndome que siempre estarías a mi lado y que me protegerías siempre. Te abracé y te apreté en mi pecho, mis lágrimas se mezclaban con tu sangre que esos malditos derramaron, recuerdo perfectamente tu último aliento en mi pecho y cómo desvanecías diciéndome que siempre estarías conmigo.

Fue el momento más largo de mi vida, todo se quedó en silencio; sólo éramos el dolor y yo. Sé que nunca podré olvidar todo esto

porque pertenece a una parte de mi vida pero tú mi hermano que donde quiera que voy me acompañas que eres una parte de mi ser. La lluvia cae en mi rostro dándome una esperanza de que algún día te vuelva a ver y volveré a estar a tu lado. Entonces ése será mi amanecer lleno de esperanza e ilusiones. Y, ¿valió la pena? Claro que valió la pena porque ahora tú estás en un lugar mejor donde vuelves a ver el color de la vida, donde corres libremente en campos verdes rodeado de felicidad y entonces si cada persona tiene un ángel, mi pequeño hermano, tú eres mi ángel en la vida que no ha terminado, sino en la vida que comenzaré y esta vez no voy a huir sino que voy a caminar con la mirada en el horizonte para volver a ver a nuestra amada tierra.

Un viaje de siete horas*

Víctor Hugo Hernández Rosas

Todo esto es tan vacío. Todo es tan gris, oscuro, tan... opaco. Ésa es la impresión que me da este día lluvioso.

Mi autobús está a punto de salir, es por eso que me apresuro, no en balde pagué un poco menos de la mitad de todo el dinero que traigo. Últimamente no me ha ido muy bien en el trabajo, cada vez me es más difícil mantener este ritmo de vida.

Salir a la calle con miedo, aún sospechando, con la tan familiar sensación de estar siendo vigilado. Sé que son cosas que quedaron en el pasado, es por eso que huí, pero no puedo evitar sentirme alterado durante mi tránsito por las calles durante la noche. Siento que algún día me han de encontrar.

Subo al autobús y me dirijo a mi asiento. Los pasajeros visten cómodos abrigos en este día tan friolento, pero yo no puedo darme esos lujos, por lo que me limito a subir la hebilla de mi sudadera, para que el frío no me paralice.

Tomo mi asiento, está junto a la ventana. Y después de acomodarme la bufanda vieja de la cual sólo me queda la mitad, prosigo a sentarme y acomodarme con mi maleta en las piernas. Intento dormir un poco, pero no me es posible. El frío se cuele por mis huesos y el autobús no parece tener aire acondicionado, lo cual no es una sorpresa, considerando que fue el transporte más barato que encontré, con un precio casi a la mitad del de segunda clase.

A pesar del frío, estoy cansado, y mi cuerpo no responde tan bien como yo desearía, por eso comienzo a cabecear y a sumirme en una especie de semiinconsciencia: veo todo a mi alrededor, pero todo me parece tan lejano... tan ajeno a mí que no escucho

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 17 a 18 años.

algunas voces que comentan sobre el mal tiempo y el reciente accidente aéreo que tiene consternado a la región.

Han pasado algunos minutos y se me despeja la mente, estoy totalmente despierto, pero ni aún así puedo evitar bostezar. El autobús ya ha comenzado el viaje y por la ventana salpicada de pequeñas gotas a causa del diluvio que cae afuera, puedo ver las últimas casas de la ciudad. Si no me equivoco, en poco tiempo estaremos en medio de los grandes sembradíos de la periferia.

Como no tengo nada mejor que hacer, voy a acomodarme para intentar dormir apoyando mi cabeza contra la ventana a pesar del repiqueteo del autobús, pero al mover mis brazos, choco con algo, volteo y es una muchacha que va en el asiento de al lado.

—Lo siento —murmuro, intentando disculparme.

—No te preocupes —dice ella, y veo que de verdad no está enfadada. Leo la verdad en sus ojos.

Justo cuando tengo intención de acomodarme para intentar dormir después de mi desvelo de anoche, ella me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Doy un respingo y mi corazón comienza a acelerar. Intento tranquilizarme, la chica sólo me ha preguntado mi nombre, nada fuera de lo normal, chicos y chicas alrededor del mundo hacen eso: preguntan nombres y hacen amigos. Yo a mis 17 años debería saber que eso es de lo más normal.

—Arturo —contesto, ahora sí, tranquilo. No debería pensar que ella me está siguiendo, sólo me está haciendo plática, después de todo, vamos a viajar siete horas en el mismo autobús.

—Bien —responde ella con una sonrisa, al parecer le he caído bien.

—Soy Diana. ¿Y tú a dónde vas?

—Hasta la última parada —respondo. Aún me queda esa sensación de acoso que viví durante la guerra, siento que ella me espía, pero debo olvidarlo, la guerra ya es pasado para mí.

—Yo también. Entonces nos queda mucho tiempo por delante. ¿Qué te parece si charlamos un poco? ¿Te parece bien?

Hago un movimiento afirmativo con mi cabeza, pero la verdad es que no tengo interés en platicar con ella. Qué puede saber ella de esta vida, sepa lo que sepa, seguro menos que yo.

—Y bien, ¿de dónde vienes?

Dudo en responder un instante.

—Del sur, mucho muy del sur.

—¿Vas a visitar a alguien?

Supongo que sí, sólo espero que de verdad haya alguien a quien visitar.

—Así es —le contesto.

Nos quedamos callados un rato. Ella se ha dado cuenta de que no tengo muchas ganas de hablar, y al parecer no le importa.

—Bueno, yo vengo de cerca, voy a visitar a mis tíos. Ellos viven en el norte, pero es algo molesto porque cada que quiero verlos tengo que soportar las siete horas de camino.

Al parecer sí le importa.

—No es por ser grosero —le digo con tacto—, pero no es un buen momento para hablar. Lo siento.

—¿Te sientes mal? —me pregunta.

—No —le respondo—, pero tengo muchos problemas en mente, y no tengo ganas de platicar.

—Está bien, no te molesto —me dice algo enfadada—, pero deberías pensar que hay gente en peor situación que tú. Por ejemplo, los sureños están en guerra. Seguro que tus problemas no son nada comparados con los de ellos. Deberías dar gracias a Dios.

Es irónico que ella mencione dicha guerra, es casi una burla del destino.

—¿Ya terminaste tu sermón de moral? Ahora, si me permites, quiero dormir. Además, ¿qué sabes tú de la guerra? Seguro que eres una niña mimada, con todo lo que quiere, con amigos con quien salir, con una vida desinteresada, sin preocuparte del mañana...

—¡Que genio! —dice ella—. Puede que yo no tenga problemas como los tuyos, pero tú no tienes problemas como los de ellos. En lugar de dar gracias por no vivir las carencias de ellos, reniegas de lo que tienes, eres enfermizo...

—¡Cállate! —le respondo con una lágrima asomando por mis ojos, eso de hacerme el fuerte nunca ha sido lo mío. Soy demasiado sentimental. Y los comentarios de esa chica, Diana, me traen recuerdos dolorosos.

”¿Qué sabes tú... si no has vivido esa guerra como yo?

En fin, está dicho. Yo he escapado de la guerra. Y ella ahora lo sabe, debería bastar para que me deje en paz.

—Tú... ¿vienes de allá? —me pregunta disipando rápidamente el enojo de su rostro y dando paso a... ¿compasión? No, no lo creo, es algo como, empatía.

—Sí —le respondo, y sin saber por qué, comienzo a contarle mi historia—. Yo nací en una de las provincias del sur. En un rincón perdido en las montañas, un pueblito sin pena ni gloria. Simplemente era mi hogar.

—¿Y que ocurrió? —me pregunta, tomándome la mano.

—Pues ya sabes, lo que ocurre siempre. En mi pueblo nadie sabía nada de nada. Se escuchaban rumores. Cuando uno se enteraba, pues, no sé. En mi caso, me era indiferente la situación. Se hablaba de desaparecidos, en la televisión de la fonda del pueblo aparecían nuevos ataques entre el gobierno y las guerrillas. A mí me daba lo mismo, era una guerra ajena a mí, una pelea entre ellos. Fue horrible.

—Me imagino —susurra Diana pasándome el brazo por el cuello en un intento de consolarme. Aunque es una completa desconocida para mí, me conforta de alguna manera. Es bueno no estar solo.

”Si quieres olvídalos, no los recuerdes...”

—Es que... —no puedo evitar el llanto, tomo su mano con fuerza mientras un nudo se forma en mi pecho—, creo que necesito hacerlo. Contar con alguien.

—Continúa si quieres, te escucho —me dice con amabilidad.

—A mí no me importaba, tenía cosas mejores que hacer según yo, cosas inútiles como salir, jugar y demás. La guerra de la que tanto hablaba el noticiero no me importaba. Y aunque escuchaba las elevadas cifras de gente muerta, me daba igual. Sólo decía: “oh, pobrecitos”, pero sólo eso. No pensé en que cada una de esas personas... —me interrumpo, me pongo a buscar un pañuelo, lo encuentro en la bolsa de mi indecorosa sudadera y me limpio la nariz. ¡Oh, por Dios, estoy llorando como un chiquillo ante una chica!, eso no es muy varonil, ¿cierto?—, que cada una de esas personas tendría una historia que contar, quizás no muy

interesante, pero sí una historia que valdría la pena escuchar. Tal como la tengo yo.

”Las cosas se pusieron peores. Los enfrentamientos eran en ciudades cada vez más cercanas a nuestro pueblo, un lugar sin relevancia, sin nada especial, uno de tantos. Hasta que un día llegó la violencia a nuestro pueblo. Hubieras visto cuántos muertos. Mis amigos... —trato de contenerme. La lluvia aún cae sobre el autobús, y mi llanto comienza a ser más intenso. O me controlo o los demás pasajeros comenzarán a mirarnos.

Me quedo en silencio un momento. Los recuerdos comienzan a aflorar con mayor sentimiento y con mayor dolor; de pronto, entre toda esa mezcla surge un rostro: mi hermano.

—Él, Raúl, mi hermano mayor —digo mientras la chica me mira sin comprender, comienzo a explicarle mientras las lágrimas me traban—, él murió justo cuando huía con mi hermano menor y mi madre. Es algo... que... me cau... causa mucho... mucho... dolor.

”Atravesamos la frontera hasta llegar aquí, después de mucho sufrir. Fue algo doloroso tener que dejar fuera todo: no era mucho... unas pocas cosas que mi madre y mi difunto padre habían logrado tener para dejarnos algo. Realmente fue muy difícil salir del país, de nuestro país, ya fuera para bien o para mal. Realmente la pasamos mal.

”Por desgracia, ignoro el motivo, nos venían siguiendo. Tampoco sé cómo lograron localizarnos, pero nos atacaron de este lado de la frontera, cuando mi madre, mi hermano y yo creíamos estar a salvo. Sólo habían sido unos tres días desde que abandonamos el país, como una semana desde la muerte de mi otro hermano, pero aunque sabíamos que aún estábamos en peligro, preferimos creer que todo había acabado al cruzar el río fronterizo. Y nos creímos nuestra ilusión, tonta, pero reconfortante.

—Eso debió ser muy duro —dice Diana—, dejar atrás tu país, todo lo que tienes, para huir e intentar comenzar de nuevo.

—Lo es —le respondo— y no sabes cuánto. Y aún así, eso fue lo que hice. Durante el ataque ya en este país, mi madre y mi hermano se separaron de mí, pero hasta donde tengo entendido los tres logramos escapar de los matones.

”Han pasado cuatro meses desde entonces. Sé que es poco tiempo, pero necesito saber qué ha sido de ellos. Desde que nos separamos, me ha ido muy, pero muy mal. La gente me es desconocida. Quizás estoy equivocado —explico, me doy cuenta de que mi llanto ha parado, el nudo ha desaparecido, y aunque el seguir relatando mis desventuras me llena de un extraño sentimiento, como si me temblara mi cuerpo, como el frío del invierno, creo que puedo continuar sin volver a romper en lágrimas. Sin que Diana se dé cuenta, limpio los rastros de mis lágrimas en mi rostro con la manga de mi sudadera—, pero me sentía muy cercano a mis vecinos, a mi gente del pueblo. Puede que sea un sentimiento demasiado hogareño, pero es la verdad. No me siento muy a gusto aquí.

”No es que la gente me mire mal, de hecho son muy pocos en los que en alguna ocasión he llegado a ver desconfianza en su mirada, al fin y al cabo somos del mismo color de piel. Es una fortuna que aquí se hable el mismo idioma, sino no sé como me las hubiera arreglado en estos tres meses, que son casi nada.

—No te preocupes —me responde ella—, la gente desconfía al inicio, pero después te sentirás mejor. No estás solo.

No estoy solo. Eso me dice ella. ¿Qué tan cierto es? Por ahora no me interesa... demasiado.

—A duras penas he conseguido dinero para mantenerme. Por lo general no me aceptan por falta de papeles. Pero, ¿cómo rayos iba yo a traer documentos cuando huía desesperadamente por mi vida? En fin, ellos no me responden, sólo me echan. He ido de trabajos simples con pagas pequeñas, pero en realidad lo único que me interesaba era ahorrar dinero para tomar este viaje.

—Pues, ¿qué te espera al final de este viaje?

—Mi madre mencionó que iría al mismo lugar que voy para reunirnos, me lo dijo antes de separarnos, por si se daba el caso, y pues ya ves que sí se dio. Necesito encontrarlos. Pronto.

—Espero que los encuentres —me dice ella, pero leo en su rostro su escepticismo, no cree que los pueda encontrar. La verdad es que yo tampoco lo creo, no estoy seguro. Son muchas las cosas por las que hemos pasado como para pensar que nuestra historia se resolverá así de rápido, con un final feliz como de telenovela.

No sé con qué peligros se hayan enfrentado mi madre y mi hermanito, eso en caso de que sigan juntos; de lo contrario, quién sabe que será del pobrecito. Además, mi madre no estaba en las mejores condiciones para trabajar, me necesitan y mucho, tanto como yo los necesito. Y aunque sé que es muy improbable que los encuentre, más que nada por el tiempo que ha pasado, tengo esperanza. Y qué es la esperanza, sino la confianza en el mañana. Y yo espero poder confiar en que tenga un mejor mañana.

—Si no los encuentro, no sé que será de mí —le digo—, es muy difícil esta situación, y no contar con ellos no es un apoyo. Quisiera volver.

—¿Volver? —me pregunta—. ¿No que quieres ir a...?

—No me refiero a eso —le respondo—, me refiero al tiempo. Regresar a cuando todo era tranquilo, y nuestra vida no era tan ajetreada, regresar a mi país. Y aunque el tuyo me ha recibido bien, dentro de lo que cabe, no hay nada como la tierra de uno. Mis amigos, mis vecinos, mis familiares de otros pueblos, mis sueños... ¿sabías que yo quería ser maestro? Terminando mi educación media tenía planeado entrar a una escuela para salir como un maestro, pero mírame tal vez nunca lo sea.

—Lo siento —se disculpa, aunque no entiendo por qué, ella no tiene la culpa.

—No te preocupes, tú no tienes la culpa.

—Creo que todos somos responsables de todo lo que ocurre, todos contribuimos con un granito de arena, sea para bien o para mal. Supongo que al igual que tú, hay miles y miles de personas que tienen que comenzar de nuevo en un lugar muy distante de donde nacieron, tener que olvidar su pasado para no ser presa del dolor y la locura —me contesta la muchacha, creo que realmente ha sentido la emoción con que he narrado mi historia.

Nunca antes le había contado a alguien lo que me había ocurrido, ni siquiera al vago con el que comparto el terreno baldío, porque creía que ninguna de esas personas con una vida tranquila podría comprenderme, que vivirían tan encerradas en su mundo y su feliz cuento de hadas que no tendrían tiempo para escuchar mi drama... realmente agradezco que ella me comprenda.

—Gracias —le digo con sinceridad—, es más de lo que esperaba de este viaje.

—No te preocupes, ya verás cómo encontrarás a tu familia y todo comenzará a ir mejor. Sé que es muy delicada tu situación, pero como te dije desde el inicio, hay gente en peores situaciones que tú —dice mientras me sonrío—. Además, es hora de que dejes de esperar el final feliz de tu cuento y comiences a escribirlo tú mismo, ¿no te parece?

Me sorprende que utilice los cuentos de hadas como una comparación, tal como lo hice yo.

Pero creo que tiene razón, no voy a ganar nada recordando mi tragedia, y aunque es algo que me ha marcado y que difícilmente olvidaré, aunque la huella seguirá abierta siempre, a pesar de todo eso...

—Tienes razón —le digo. Realmente tiene razón.

La lluvia continúa afuera del autobús, mi destino me sigue esperando, mi compañera de viaje sigue mirándome, el nudo en mi pecho sigue presente, pero con menor fuerza; el llanto volverá después, pero no por ahora. Continuaré mi camino y llegaré al final. Bien dicen que después de la tormenta llega la calma, por mucho que dure la tormenta y por mucho que tarde la calma en llegar.

Comienzo a pensar que crear un nuevo futuro puede ser algo bueno, por mucho que haya dejado atrás de mí, saldré adelante.

Es un nuevo comienzo.

Además, mi corazón sigue latiendo, señal de que estoy vivo; y aunque siento dolor, también podré llegar a sentir alegría.

Tal como dijo Diana, es hora de que escriba mi final feliz.

Primero encontraré a mi madre y a mi hermano.

Y después, comenzaré a escribir mi final feliz.

Invisible*

Elena Alejandra Ochoa Salazar

Caminaba muy rápido por la banqueta ignorando las miradas que le seguían con desprecio. Francisco a veces creía que en su vida pasada, quizá, había sido una especie de nazi fascista como para despertar tanto odio entre los extranjeros por tener que vivir entre ellos, por algo que él no provocó ni su familia; y en cambio ahora debía de esconderse de los suyos en un lugar extraño.

Casi tuvo que correr hasta el autobús, al escuchar los pasos tras él acelerar, seguidos de gritos ofensivos y palabras burlonas provenientes de unos chicos que lo habían seguido desde la escuela. A su alrededor, la gente sólo los veía pasar, creyendo que era un juego entre un extranjero y un grupo de chicos mayores que él; tal vez algunos sabían que en verdad no era un juego sino actos de odio sin sentido, pero a nadie le importaba. Francisco a menudo pensaba que eso era lo único que no había cambiado al mudar de país: aún la gente lo veía con insignificancia, como si no fuera un ser humano. Muchas veces se había preguntado si tenía la capacidad de desaparecer a voluntad, pero en cuanto sintió una plasta de lodo llegar hasta su cabeza, creyó que en realidad debía de ver menos tele.

Al llegar a casa, se encontró con la misma escena de siempre: su abuelo no paraba de gritarle a su hermana, quien en uno de sus locos sueños de libertad intentó escapar de vuelta a casa, de vuelta a su país, donde la tierra era cálida y suave, donde casi podía escuchar a los árboles hablar los días de lluvia intensa, donde la música inundaba las calles, con todos sus bellos y alegres acordes, así como curaba los corazones rotos en compañía de una guitarra; donde la condimentada

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 17 a 18 años.

comida podía complacer los paladares más exigentes y curar las penas más hondas. Francisco envidiaba a su hermana, deseaba poder tener el coraje suficiente para huir de esas tierras frías y hostiles que les recibieron cuando la guerra comenzó. Al menos Adriana tenía el valor de enfrentarse; en cambio él se quedaba en medio de una oscura ciudad, demasiado pequeño, demasiado cobarde para volver, pero también demasiado cobarde para vivir.

Su abuelo ni siquiera lo notó llegar, al igual que su madre, quien pasaba demasiado tiempo mirando por la ventana, recordando épocas mejores y menos bélicas cuando podía estar junto a su familia, a quien había dejado atrás al huir con sus hijos.

Fue a encerrarse a la cocina, con el pretexto de esconderse, aunque sabía que no haría falta pues nadie lo buscaría, a menos de que alguno de sus compañeros de escuela decidiera tomarse la molestia de correr hasta a su casa para insultarlo, como si él hubiera pedido lo que le estaba pasando... Finalmente hundió la cara entre sus piernas, llorando amargamente.

Tony estaba de mal humor, aunque no era de sorprenderse. Como era costumbre, sus padres no estaban en casa ni ninguno de sus dotados y brillantes hermanos.

Encendió su único amigo y compañero, con quien hablaba y compartía sus penas y sueños. En opinión de su hermana, al menos debería comprarse un perro, por lo menos estaría vivo.

Cuando sus hermanos mayores llegaron, apenas y lo notaron; sin embargo, cambiaron el canal sin ninguna consideración, como si Tony fuera parte del mobiliario.

A veces Tony estaba casi seguro de que en la vida sólo tenía el papel del mueble, la mesilla de centro o algo así. En casa, por supuesto no era notado, con tres hermanos genios mayores, él no sobresalía en deportes, ciencias o artes, y en la escuela no era un alumno brillante, ni siquiera popular o tan siquiera una *lacra*, sino que era más gris que el humo. No tenía verdaderos amigos y ni siquiera tenía el valor para conseguirse alguno.

Cuando al día siguiente volvió a la escuela, fue a sentarse de mala gana a su pupitre. Frente a todos, se estaba armando una peculiar escena de la cual parecía que sólo Tony se daba cuenta. Los chicos mayores del colegio habían atrapado a Francisco,

el chico extranjero recién llegado. Y lo tenían contra el suelo, escupiéndole y gritándole cosas hirientes.

Tony sintió hervir la sangre en sus venas. Aquello no sólo le parecía bajo —eran cinco contra uno—, sino que lo encontraba repulsivo, no entendía cómo podían actuar de esa forma, pero lo que más le enfermaba era que nadie le ayudaba, ni siquiera él mismo.

De un impulso, Francisco consiguió liberarse y sin pensárselo dos veces estrelló su puño contra la cara de uno de sus atacantes. El resto lanzó una exclamación de sorpresa, y comenzaron a ofenderle de nueva cuenta, exigiéndole que regresara a su asqueroso país y dejara de manchar aquel lugar con su inmunda familia.

Tony no recuerda muy bien lo que pasó a continuación, pero cuando pudo darse cuenta, descubrió con creciente sorpresa que le había saltado encima a uno de los bravucones, mientras Francisco le rompía la nariz a otro.

El resultado era de esperarse. Los dos chicos terminaron en la enfermería de la escuela, llenos de moretones y cortes, sentados en la sala de espera, uno al lado del otro sin dirigirse una sola palabra.

Tony suspiró con pesadez, pensando que probablemente pronto se convertiría en mueble, e incluso casi podía ver a su brazo adquirir el color de la caoba, cuando Francisco dijo con voz áspera:

—Gracias.

El chico se encogió de hombros:

—Era lo menos que podía hacer, esos tipos no tenían ningún derecho a hablarte así —le contestó sin darle importancia, aunque por dentro sentía que su corazón estaba a punto de irse corriendo.

—Aquí la mayoría cree que no valgo nada —le dijo Francisco sin mirarlo a los ojos—, pasan junto a mí como si no existiera, tal vez piensan que con sólo desearlo desapareceré. Había pensado que era invisible, hasta que hoy tú me miraste.

Tony soltó una carcajada. Quizá, por primera vez, dejaría de sentirse mueble.

Nada que no se pueda*

Andrés Cravioto Torre

“Tía Pepa te caerá bien”, llevaba más de 12 horas escuchando esa frase de mi padre, pero ahora la repetía una vez más. Estábamos en la sala F1 del aeropuerto del Distrito Federal, aquella masa de edificios y avenidas que sería nuestro hogar durante dos meses. Mi padre estaba de pie, con su maletín de cuero en una mano y su chaqueta marrón en la otra. Su pelo negro reflejaba las luces en el techo, y su prominente bigote resaltaba sobre su boca.

—Tía Pepa te caerá bien —dijo de nuevo—, es una mujer muy agradable, casi tanto como tu madre.

—Déjalo ya, Jesús —respondió entonces mi madre—, ya conocerá a mi hermana en cuanto llegue.

Llevábamos 23 minutos en la sala esperando a la tía Pepa, lo sé porque no he dejado de mirar el gran reloj dorado sobre la pared. Estábamos mi padre, mi madre, mis dos hermanas y yo, todos alineados sobre la cuadrícula del piso, esperando mientras un mundo enorme giraba en torno nuestro, gente corriendo, hombres gritando, una voz que sonaba cada minuto por el altavoz, gente ofreciendo taxis, gente pidiendo taxis, vendedores de lotería, padres que se reencontraban con sus hijos, hombres incompletos que se reunían con su otra mitad. Entre nosotros nadie decía nada, tal vez porque no sabían qué decir, al fin y al cabo ¿qué se dice al llegar a un nuevo país?, ¿qué se dice al cambiar de hogar?

Yo me limitaba a observar al reloj antes, y ahora a la gente. Tanta gente. Desorden, caos, tumultos y miradas que buscaban algo, eso era lo que podía ver. Un señor de estatura baja, regordete, moreno y de pelo cano estaba de pie a unos dos metros frente a nosotros, parecía

* Cuento seleccionado como *destacado* en la categoría de 17 a 18 años.

estar esperando a alguien. Una monja había ya encontrado a la persona a la que buscaba, detrás de nosotros, y agitaba la mano saludándola. No me molesté en voltear, no le vi la necesidad, la persona detrás de mí no podía ser de importancia. No iba a ser Xavi ni Fernando, tampoco iba a ser doña Catalina ni don Miguel, todo ellos se habían quedado atrás, en Mallorca, en donde había arena, en donde había sol, en donde se encuentra mi hogar, mi vida. Ya le había preguntado a mi padre si podíamos quedarnos, le había dicho ya que teníamos que quedarnos, que yo no podía dejar atrás a todos mis amigos, que no quería ir al Distrito Federal porque tan sólo el nombre sonaba frío y distante. Le había suplicado ya que me dejara quedarme en casa de don Miguel, que allí los esperaría hasta que decidieran regresar. Pero mi padre dijo que no, mi padre no entendió todo lo que yo no quería echar de menos, o tal vez yo no entendí las razones de mi padre para irnos; si es así, no sé si algún día las entenderé.

—¿Por qué dejamos aquí toda nuestra vida? —le pregunté—. No voy a poder vivir en México.

—Escúchame, hijo —dijo él—, no hay nada que no se pueda, pero hay muchas cosas que se deben, y ésta es una de ellas. No te preocupes, tía Pepa te caerá muy bien.

Volteé a ver a mi madre, que tan poco había dicho al respecto. Mi madre, de pelo corto ondulado color marrón, con su enorme par de ojos castaños y su vestido de flores que tanto le gustaba, se veía intranquila, casi desesperada. Una gota de sudor corría desde su frente hasta su mejilla izquierda, y con una mano agitaba frenéticamente un abanico. De pronto su mirada cambió.

—¡Ahí está! —exclamó.

—Ya era hora —dijo mi padre.

Una mujer de unos 50 años caminaba abriéndose paso entre la multitud, una mujer idéntica a mi madre. Tenía las mismas mejillas redondas, las mismas piernas cortas y regordetas que luchaban por dar pasos largos, y los mismos ojos castaños. Su pelo, en cambio, era corto, y lo usaba de lado, con un mechón sobre la frente. Así que ésta era la famosa tía Pepa que tan bien me caería.

—¡Lamento la tardanza! —exclamó cuando estaba a un par de metros—. ¡Los embotellamientos en esta ciudad son imposibles! Pero bueno, ya estoy aquí.

Abrazó a mi madre y le dijo algo al oído, luego abrazó a mi padre y por último se agachó frente a mis hermanos y a mí.

—Y, bueno, ¿éstos quiénes son? —preguntó.

—La mayor es Palmira, como su madre, él es Jaime y la menor se llama Manuela —dijo mi madre—. Niños, ella es su tía Pepa.

—Encantados —dijimos los tres al unísono, tal y como nos habían dicho que dijéramos.

—Igualmente —dijo ella, pellizcándome la mejilla izquierda con fuerza—. Bueno, ¿nos vamos?

Acto seguido, recogimos nuestras maletas del suelo. Yo recogí la de Manuela que medía lo mismo que ella, recogí también la mía y la de Palmira; mi padre y mi madre cogieron cada quien la suya. Tía Pepa comenzó a caminar y todos hicimos lo mismo. Nos guió a través del aeropuerto hasta salir al parqueo, allí nos hizo cruzar tres hileras de automóviles hasta que se detuvo delante de un Ford Fairmont color crema que tenía un raspón negro sobre el neumático trasero derecho y varias abolladuras por todas partes.

Subimos las maletas al maletero y entramos al Fairmont; yo entré primero, Palmira después y al final entró mi madre, que se puso a Manuela sobre las piernas. Mi padre recorrió el asiento que había movido para que pasáramos y se sentó él en el asiento del copiloto. Tía Pepa se sentó en su lugar correspondiente, se abrochó el cinturón de seguridad y encendió el coche.

—Espero que vayan cómodos detrás, mi coche no es muy grande —dijo ella.

—Vamos muy bien —se apresuró a contestar mi padre—, muchas gracias por recibirnos mientras encontramos casa.

—No os preocupéis, ¿vale?, yo sé que salieron del país con prisas y nada me hace más feliz que recibir a mi familia —nos dijo con tono cariñoso a todos.

Y vaya que habíamos salido con prisas. Un día regresé del colegio y mi madre me estaba esperando en la sala, me pidió que me sentara y fue por Palmira, la sentó junto a mí y nos dijo que la próxima semana saldríamos hacia México. ¿Razones? Nos dio pocas, dijo que no podíamos quedarnos más en Mallorca porque había gente que no nos quería allí; dijo también que nuestro padre había encontrado un trabajo allá y que necesitábamos irnos lo más pronto posible.

—¡Pero cómo es posible! —había exclamado Palmira—, ¡justo ahora que Gustavo comienza a interesarse en mí!

—Lo siento hija —fue todo lo que pudo decir mi madre; acto seguido, se levantó y se metió a su cuarto.

Íbamos ahora sobre una avenida ancha y sin luces de tráfico, con casas iguales a ambos lados y miles y miles de automóviles avanzando sobre ella. Sobre las avenidas paralelas a izquierda y derecha había un número interminable de camiones, y de vez en cuando aparecía un niño o dos vendiendo goma de mascar a los conductores.

El Distrito Federal se mostraba como un imponente monstruo monótono, con mucha gente y nada familiar. Altos edificios por todas partes y un horizonte de montañas que no dejaba ver más allá del mar gris que parecía entumecer las sonrisas de los que iban en el Ford Fairmont color crema.

Tía Pepa manejó alrededor de cincuenta minutos, la mayor parte por avenidas parecidas a la anterior, hasta que por fin paró el coche en un lugar que ella llamaba Polanco y pudimos bajarnos.

Polanco era más agradable que lo que había visto hasta ahora. Había edificios más bajos y rechonchos, lo que le daba un aspecto más acogedor, pero lo que me pareció más importante fue su color: eran edificios rojos, como los de Mallorca, como los de casa.

—Bienvenidos a casa —dijo tía Pepa.

Nosotros estábamos parados frente a la portería, todos volteando hacia arriba, viendo lo que sería nuestra casa durante el tiempo que nos tomara encontrar una propia.

Después de coger nuestras maletas entramos todos en fila y subimos hasta el segundo piso, pues el ascensor estaba averiado. Tía Pepa abrió la puerta del departamento 2-B y entramos.

El piso era pequeño, pero acogedor y aunque ya era noche se notaba que estaba bien iluminado y no estaba atascado de muebles como esperaba. Después de mostrarnos rápidamente la sala y la cocina, tía Pepa nos mostró nuestro cuarto. Palmira y yo fuimos los primeros en entrar. El cuarto tenía una cama grande, en donde cabrían cómodamente unas tres personas, un armario, un escritorio recubierto de fotografías y una pintura de Rembrandt colgando sobre la cabecera de la cama. El piso estaba alfombrado y sobre él, a los dos lados de la cama, se habían dispuesto dos colchones con cobijas y una almohada en cada uno.

—Les he dejado mi cuarto para que puedan dormir todos juntos— dijo tía Pepa—. Yo dormiré en el sofá y ya veremos cómo se acomoda Emiliano cuando regrese de Puebla.

—No tienes idea de cómo te lo agradecemos hermana, —dijo mi madre.

—Déjalo, Palmira, que no es nada —respondió ella.

Dejamos las maletas en el cuarto y regresamos a la sala. Los demás siguieron por el pasillo hacia lo que quedaba del piso, pero yo di media vuelta y volví a entrar al cuarto.

—Estoy muy cansado —dije—, iré a dormir ya.

—Vale —dijo mi padre—, descansa, hijo.

Lo despedí con una sonrisa y cerré la puerta detrás de mí.

No podía más, no podía seguir fingiendo sonrisas y tranquilidad cuando dentro de mí había desesperación, lágrimas, miedo y angustia.

Me lancé sobre uno de los colchones dispuestos en el suelo, boca abajo, y comencé a llorar. Lloré por Xavi y por Fernando, mis amigos de toda la vida, con los que había compartido tantas cosas. Lloré por todas las veces que habíamos nadado hasta la Dragonera sólo para tener una playa para nosotros solos. Lloré por todas las veces que fuimos por duquesas de requesón al centro y lloré por todas las arrugas que me faltaron reír con ellos. Lloré por mi casa, por mi cuarto y por mi cama; lloré por mi colegio que tanto me gustaba y lloré el patio de mi casa que se llenaba de cuervos cuando crecían los calabacines. Incluso lloré por Gustavo, el amor platónico de Palmira, y lloré también por don Miguel y doña Catalina, la pareja de viejos de enfrente que tanto cariño nos tenían.

Dejé caer una lágrima por cada día que había pasado en Mallorca, en Palma, solté un sollozo por cada vez que llegué a casa lleno de lodo por haber tomado el camino de la montaña y un suspiro por cada vez que mi padre me dijo que Mallorca era la tierra en donde él vivía, y que sería la tierra en donde moriría. Lloré hasta que no pude más, hasta que se agotaron las lágrimas, hasta que el sueño se apoderó de mí. Los ojos se me fueron cerrando poco a poco, hinchados y rojos, hasta que me quedé dormido y pude, por fin, soñar con la vida que había dejado atrás.

Cuentos de jóvenes sobre personas refugiadas

¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

se terminó de imprimir en diciembre de 2010 en los talleres de

Corporación Mexicana de Impresión, S. A. de C. V.,

General Victoriano Zepeda 22, col. Observatorio,

del. Miguel Hidalgo, 11860 México, D. F.

Para su composición se utilizaron tipos Goudy Old Style

y Helvetica LT Std de 22, 11 y 8.5 pts.

El tiro fue de 1 000 ejemplares impresos

en papel cultural de 75 g.



testimoniOs